SEPTIEMBRE DE 1901 — N.º 31.

# REVISTA

DEL

# INSTITUTO PARAGUAYO

DIRECTOR

DR. MANUEL DOMÍNGUEZ

*SUMARIO*


| | | |
|---|---|---|
| **Dr. Ramón de Glasconga**... | *Estudio sobre el Papel Moneda.* | 3 |
| **Dr. Manuel Domínguez**..... | *Estudio sobre la "Atlántida" del Dr. Diógenes Decoud*..... | 60 |
| **Adela Castell** ..... | *La formación del carácter.* Conferencia dada en el "*Instituto Paraguayo*" el 10 de Agosto de 1901..... | 102 |


ASUNCION

INSTITUTO PARAGUAYO - FLORIDA ESQ. ALBERDI

**1901**

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

# REVISTA

DEL

# INSTITUTO PARAGUAYO

AÑO IV — TOMO I

ASUNCIÓN
INSTITUTO PARAGUAYO: FLORIDA, ESQ. ALBERDI
1901

# ESTUDIO

SOBRE

# EL PAPEL MONEDA

---

## I

En la ciencia económica, tal como yo la conozco, por los libros de los maestros de reputación universal, falta la teoría, en el sentido lógico que esta palabra tiene, de la moneda de papel.

Los economistas europeos no han podido observar completamente los fenómenos del papel moneda, porque no existiendo en el viejo continente, por su riqueza acumulada, el medio propicio para el desarrollo de este factor económico-social, las emisiones de moneda de esta clase han respondido á motivos circunstanciales pasajeros, que no han permitido más que las consideraciones derivadas de un aspecto parcial transitorio.

Los economistas norte-americanos, aunque en un medio distinto al de los europeos y en cierto respecto más favorable para que se presentara y pudiera ser estudiado en todas sus fases el problema de la emisión de papel moneda, tampoco lo han examinado más que parcialmente, por que siendo su país, aunque nuevo, productor de metales preciosos, el problema monetario se les ha presentado consiguientemente más bien que referido á la elección entre el papel y el metal, á la elección entre el oro y la plata; (monometalisuo y bienetalismo).

Los economistas sud-americanos de los países que no cuentan con minas de importancia, son los que, por la fuerza natural de las cosas, han visto producirse y desarrollarse por completo el fenómeno de la emisión de papel moneda, y quienes, por lo tanto, se han encontrado en condiciones de observarlo con toda la prolijidad que por su importancia merece. Pero creo que, en parte á causa de los prejuicios derivados de las enseñanzas de los maestros europeos, cuyo prestigio en las Universidades ha sido mayor á veces del que correspondía, y en parte también á causa de la falta de espíritu científico, las observaciones recogidas adolecen de empirismo, y aunque muy apreciables muchas de ellas, no han bastado para fundamentar una generalización científica (1).

No me atrevería yo á decir que vengo con el presente estudio á dar las bases de esa generalización ó de esa teoría; pero sí á creer que aporto algunos elementos de investigación personal para la solución de tan árduo problema.

Y no por mi capacidad científica, que es bien escasa, si no por que el medio social de este país permite ejercitar fácilmente la observación directa sobre todo el organismo nacional, cuyos elementos componentes con toda la variedad que la estructura de un tal organismo ofrece, son poco complicados en su desarrollo y facilitan la apreciación de su conjunto.

La observación es la base de la ciencia; y el que la ejercita con preparación intelectual en un medio propicio realiza siempre un trabajo estimable y útil.

El Paraguay, por sus condiciones especialísimas derivadas de su historia y de su territorio, ofrece al observador, cual ningun otro país, materiales riquísimos para los estudios sociológicos. En un solo aspecto de estos estudios me atrevo á entrar, y aquí repetiré las palabras del profesor Gumplowicz (2):

«La investigación científica y filosófica hecha por «nuestro espíritu libre», esa aplicación tan elevada de la «libertad» humana, no es más que un juego de azar. Las verdades filosóficas y científicas son números premiados entre los millones de números que pierden en un inmenso molinete que gira á nuestra vista, y nosotros, «pensadores libres», que nos vanagloriamos de nuestro «trabajo intelectual», somos comparables á los niñitos que se ponen torpemente á mover la rueda. He aquí que la aguja del disco giratorio se detiene sobre un buen número. Desde entonces el afortunado ganancioso es un pensador festejado, cuyos «méritos» se alaban. Es, sin embargo, bien extraño, el resultado de su trabajo intelectual. No tiene, ni más ni menos mérito que los «chambones», á quienes la mala suerte no ha hecho sacar más que errores científicos y filosóficos. No tiene más, decimos, porque los no afortunados, haciendo pasar bajo la aguja fatal los innumerables números malos, han contribuido por su parte á que ésta se detuviese en uno bueno; son por completo tan estimables y de mérito como el ganancioso. Y hasta el «gran filósofo» que aparece «una vez en millares de años», tiene más bien menos mérito que las falanges de los pequeños; porque, si el primero ha tenido la suerte de lanzar bien la rueda, es porque los otros han hecho posible esta suerte dando impulso á la mecánica mucho antes que él.»

## II

Los tratadistas más eximios de la Economia politica no han visto en el papel moneda sino un sustitutivo de la moneda metálica, á la cual consideran como única y verdadera moneda. Desempeñando los metales preciosos desde tiempos muy antiguos y en todos los pueblos civilizados el oficio de moneda, se ha estimado necesario el hecho que se presentaba con caracteres

de universalidad, y se ha discurrido sobre esa base en la aplicación de cuanto atañe al régimen monetario.

Por seguir este punto de partida, no han podido librarse los economistas, ni aún los más discretos, de contradicciones, vaguedades y errores resaltantes, que á muchos han hecho perder la fé en la ciencia,

Las contradicciones se notan, sobre todo, cuando se declara condición indispensable de la moneda que ésta sea una mercancía, un producto, independientemente del valor que le atribuya el Estado, á quién no se reconoce fuerza bastante para asignar y mantener por si solo un valor á la moneda (3), y cuando se invoca por otra parte, que algunos beneficios pueda prestar una emisión de papel, hecha en determinadas condiciones, dentro de limites racionales, prudentes, y se trae á colación el ejemplo de Francia en 1870 (4).

Las vaguedades aparecen en las frases de que "no pasando de ciertos límites», «ajustándose á determinadas condiciones», «siendo regulares», las emisiones de papel moneda pueden tener éxito.

Y los errores grandes en que incurren los autores, como luego señalaré, se manifiestan en las consideraciones que hacen respecto á que la emisión de papel moneda representa exclusivamente un empréstido forzoso, justificable sólo en casos excepcionales, de calamidades, guerras ó graves apuros financieros, y crea un estado sumamente perjudicial, del que hay que salir lo más pronto posible para volver al régimen de la moneda metálica.

Tales son las opiniones dominantes entre los cultivadores de la ciencia económica. Todos los economistas de la escuela clásica, y aún algunos disidentes, como el tan apreciable profesor Cauwés, á pesar de pertenecer éste á la escuela de la economía nacional ó positiva y de haber explicado luminosamente la teoría del desarrollo de las fuerzas productivas del país, como

fundamento capital para la solución de todos los problemas económicos que afectan á cada Nación, siguen el mismo camino trillado, cuyo punto de partida está en que fuera de la moneda metálica no hay salvación.

La frase de Mirabeau aplicada al papel moneda, «una orgía del despotismo en delirio», se repite todavia (5) y los más tremendos epitetos se adjudican á los defensores de las emisiones.

Ni los economistas americanos, á pesar de las preciosas observaciones que han podido recoger directamente, se han librado de los prejuicios dominantes con respecto á la moneda.

Asi, el profesor de Economía Política en la Universidad de Chile, Sr Zorobabel Rodriguez, dice (6): «La emisión de papel moneda representa un empréstito forzoso arrancado á los ciudadanos, en condiciones tales de violencia y de desigualdad, que solo ante el deber patriótico, que, como el fuego, todo lo purifica, pudo justificarse».

Un distinguido escritor peruano, Sr R. J. Rossel, dice refiriéndose al papel moneda emitido en su país: «Este mal, como sucede con frecuencia, trajo consigo gérmenes de enmienda que á la larga tenían que compensarse por la ley de adaptación, cuyo ejercicio explica fenómenos en la apariencia contradictorios. El papel moneda en el Perú ha proporcionado, en medio de los desastres (7) que ocasionó su curso, abrigo á ciertas industrias que solo á su sombra han podido nacer, arraigarse y prosperar, pasando del período azaroso de su infancia, para llegar con robustez y fuerza de vida al restablecimiento monetario.»

Se desprende de las precedentes frases siempre la misma idea de considerar la emisión como un mal.

Otro tanto puede decirse de lo que el Sr Alcorta, consigna en su interesante libro (8): «Estudio sobre el curso forzoso». Para este autor también el curso for-

zoso es una desgracia, «porque principia autorizando el no cumplimiento de las obligaciones en plazo determinado, dando al billete un término de conversión desconocido; porque impone al particular la obligación de aceptarlo por un valor escrito como cuando por un término conocido servía para chancelar deudas; porque calcula que el billete sea moneda, es decir, sea obligatorio para todos como tal, y por el sello que el Estado ejerciendo un derecho de soberanía, le ha querido imprimir; y por último, porque estas imposiciones son las que alteran todas las transacciones, y revistiendo el caracter de toda ley no distinguen entre deudores y acreedores, sino que les hace sufrir por igual sus consecuencias».

En un libro argentino de fecha reciente (9) se lee: «Ahora, veamos lo que ha pasado respecto al papel moneda, que es una deuda, y que el país tendrá, tarde ó temprano, que pagarla».

Siempre la idea del papel moneda, como deuda, como empréstito forzoso.

Sin embargo, algunos escritores americanos han tenido vislumbres felicísimas; y entre ellos, de los que conozco, citaré como el más afortunado, en mi pobre criterio, al Sr. F. Seeber, en su libro «Apuntes sobre la situación económica y financiera de la República Argentina» (10).

Pero lo más general, hay que reconocerlo,—es que los teóricos, los hombres de ciencia, los que pasan por sabios, están decididamente en contra de todo régimen monetario que no sea el metálico, secundados por la mayor parte de los grandes capitalistas, sobre todo, europeos, á quienes interesa conservar la fuerza enorme que les dá la posesión de la moneda metálica.

Y en estos países sud-americanos se ve el fenómeno curioso de que, á pesar del prestigio de los hombres de saber, la gran masa del pueblo se declara instintivamente á favor del papel moneda, y como está en

lo cierto, como esto responde á condiciones naturales imposibles de modificar violentamente, triunfa el pueblo sobre los científicos, y los mismos metalistas cuando llegan al poder ó al gobierno, se encuentran impelidos á hacer uso de este régimen, solo que, como dice muy bien Seeber, «maniobran con el papel, cuya acción no han sido capaces de comprender»; y de ahí, abusos que desacreditan el sistema, cuando éste no tiene la culpa de la torpeza de los que quieren manejarlo sin reconocerlo.»

Yo me propongo demostrar, siguiendo en lo fundamental, á dos grandes maestros, Macleod (11) y Gide, que el papel es un instrumento más perfecto, más ventajoso que el metal fino para servir de moneda, y que es, á más, el único posible en los países nuevos si éstos han de alcanzar un desenvolvimiento rápido de su riqueza.

## III

Para explicar satisfactoriamente las diversas cuestiones que se refieren al sistema monetario, hay que principiar por conocer el origen ó el génesis de la moneda.

El régimen de la permuta, cambio de productos por productos, es el exclusivo de todo grupo social rudimentario, como siempre continúa siéndolo en el comercio internacional.

Mientras las relaciones sociales, y por consiguiente las del cambio, son poco complicadas, no aparece la moneda en el sentido propio que hoy tiene esta palabra.

El cambio, en los primeros pasos de la evolución económico-social, ofrece muy poca importancia, como lo han puesto de resalto los historiadores modernos (12), y fácilmente se resuelven entonces las oposiciones á que el trueque dé origen.

Cuando se va diversificando la producción, las dificultades del cambio directo, puro ó simple, van también en aumento, y al ocurrir que no coinciden los deseos de los copermutantes en la calidad ó en la cantidad de sus respectivas riquezas, viene de por sí el que se opere una selección de alguno de los productos que se ofrezcan dentro del grupo social, en vista de las facilidades que proporcione para que se pongan de acuerdo los cambistas.

Aquel producto, sobre el que recaiga la preferencia social, principiará á desempeñar las funciones de moneda (13) en el sentido económico, porque, en sabiéndose que por virtud de la preferencia que se le acuerda, se encuentra colocación segura para él, se le recibirá en las transacciones, en vista. no del consumo por parte del aceptante, sino del cambio: sirve así de *tertium permutationis.*

La permuta primitiva se descompone en compra y venta: no se cambia la riqueza sobrante por la que se necesita directamente, sino por otra que permitirá adquirir en otro momento la que se necesite.

Y, desde el momento que está declarada socialmente esa preferencia, todos los valores se refieren á la misma riqueza, como la más preciada, la más codiciada, la más aceptada, y así viene á servir ella de punto de comparación, de medida de los valores: *tertium comparationis.*

«Dado el orígen que asignamos á la moneda,—aquí dejo la palabra á un autor, (14)—es natural que las mercancías que como tal eligieron los pueblos, por lo mismo que debía ser la más preciada, supuestas las diferencias que por causas naturales entre ellas existían, habrían de ser desiguales; por esto no debe causar extrañeza que entre todas pueda formarse un conjunto considerable y por demás interesante; entre las sustancias que, según investigaciones llevadas á

cabo por economistas é historiadores, han servido como numerario, pueden citarse los ganados en la mayoría de los pueblos pastores y agrícolas; las pieles en los cazadores, ejemplo, Rusia en que las de marta fueron un tiempo su moneda, como lo son en las tribus cazadoras salvajes que existen en la América del N. O. y en los establecimientos de peletería de la región que en el mismo continente se aproxima más al Polo; Tácito refiere que entre los germanos, el caballo era el bien que servía de moneda, afirmación que en realidad encontramos muy verosímil dado el carácter de dicho pueblo: Abisinia y Sumatra usaron por dinero la sal; los pobladores de Terranova el bacalao, (que es en lo que dan sus oblaciones al obispo en los días presentes los católicos allí establecidos); Virginia empleó como tal el tabaco; Tartaria el té: Chile las tablas; los dátiles Persia: el cacao Méjico, en las Indias el azúcar, etc., etc.»

Luego, los metales, hierro, cobre, bronce, oro y plata, fueron los preferidos por los pueblos más adelantados; y por fin, han seguido hasta hoy gozando de la preferencia en las naciones ricas el oro y la plata, de tal suerte que los economistas, según ya he indicado y explicaré más adelante, consideran inseparable la calidad de moneda de la del metal precioso.

Moneda real ó comercial llaman los autores, en consonancia con lo expuesto, á la mercancía intermedia que acepta uno de los cambistas por tener en ella misma un valor que le permite servir de equivalente á la mercadería cedida en cambio y con la que podrá adquirirse las que se necesiten.

Pero, este concepto de la moneda no es el que debe preponderar. Por él se llega, sí, á la explicación de la verdadera moneda, y sólo como precedente hay que tenerlo en cuenta.

En efecto; cuando un grupo social ha alcanzado el

desarrollo necesario para constituirse en Estado, no puede prescindir de una declaración oficial de lo que haya de ser moneda dentro del territorio nacional. Una ley monetaria, más ó menos sencilla, de mayor ó menor alcance, pero ley monetaria en cualquier caso, se impone á todo Estado como consecuencia forzosa de la soberanía que ejerce.

Porque, por de pronto, el Estado, para atender á las necesidades colectivas, tiene que exigir de los habitantes del país una cuota de riqueza á título de impuesto, y se ve entonces obligado á hacer la designación de la calidad y cantidad de la riqueza especial que exige.

Y á más, el Estado tiene que establecer y dictar las normas jurídicas que resuelvan las diferentes cuestiones entre particulares, cuestiones que en muchos casos han de traducirse en entrega de una riqueza equivalente á la ofrecida y no pagada, en indemnizaciones, multas, etc; y para esto, el precepto jurídico al ser aplicado ha de llevar en sí la determinación precisa de la riqueza que haya que darse en pago. Repitiéndose estos casos, conforme la poblacion y la riqueza aumentan, el Estado vendrá por la fuerza de las cosas, á establecer la selección de uno entre los varios productos que circulen con mayor aceptación en el país, y á ese producto se le dará el nombre de moneda; será realmente la verdadera moneda en el sentido que debe tener esta palabra, dado el estado actual de las relaciones económico-sociales.

El Estado ó la ley procederá ó no de consuno con lo que el uso hubiera decretado; pero, en cualquier caso, la declaración oficial será la que determine la moneda; y sólo á lo que la ley fije deberá dársele valor monetario.

La moneda no es, pues, una mercancía cualquiera; sino la riqueza elegida por el Estado, aquella que *jurídicamente* está consagrada, aquella que el sello

del legislador le ha dado el pase de libre vinculación para todos los efectos *jurídicos*.

Y digo para los efectos *jurídicos*, porque la fuerza del Estado no alcanza á más.

El Estado, con todo su poder, no llega á dar el valor que quiera á su moneda, por que la sociedad de un país libre puede á su vez rechazar lo que se le ofrezca en pago de las riquezas que en cambio se pretenda exigirla. (15). Pero si para las transacciones futuras, ó mejor dicho, para las transacciones posteriores á la declaración del Estado, puede no tomarse en cuenta el valor que él haya asignado á su moneda, porque la aceptación ó ratificación de ese valor tiene que hacerse por la sociedad, no cabe duda de que queda todavía una esfera bastante amplia, toda la que abarque la materia legislable, para la circulación de la moneda, declarada tal por el Poder público.

A la definición de la moneda, según los tratadistas clásicos de la Economía política, opongo, pues, la siguiente: La moneda es un bono emitido ó reconocido por el Estado con un determinado valor, que dá derecho á la liberación de las deudas solubles en la misma especie hasta la concurrencia del valor en él declarado.

Esa definición está basada en la de Gide, que dice así: «Toda pieza de moneda debe ser considerada como un bono librado sobre el conjunto de las riquezas existentes, y que dá al portador el derecho de hacerse entregar una porción determinada de estas riquezas á su elección hasta la concurrencia del valor indicado en dicha pieza».

Como se vé, la definición dada por Gide se refiere á la moneda metálica y hace relación á la fuerza *adquisitiva*, mientras que en la moneda propiamente dicha, lo esencial es la fuerza liberatoria, la cual no se debe confundir con la adquisitiva, como que ésta puede faltar y aquella no.

El concepto que da Macleod de la moneda, merece ser también conocido.

Para Macleod, la moneda representa la prueba de una deuda; acredita la prestación de riquezas ó de servicios, por los que no se ha recibido el equivalente, el cual podrá reclamarse por el poseedor de la moneda, cediendo á su vez ésta «*Moneda y deuda transferible,* son términos iguales,» dice Macleod, «todo lo que represente una deuda transferible es moneda, y cualquiera que sea la materia de ella, la moneda representa deudas transferibles y nada más. De ahí el principio fundamental que no debe perderse de vista en las cuestiones relativas á la moneda; este principio es que *donde no hay deuda, no puede haber moneda.* De donde también resulta que *el uso de la moneda* es, no para facilitar los cambios, *sino para abolirlos.*»

Con esta nueva teoría, agrega Macleod, puede explicarse satisfactoriamente todos los más arduos problemas referentes al crédito y á la moneda de papel, que antes quedaban sin solución, «habiendo ocasionado las más terribles calamidades la creación de una moneda de papel en contradicción con nuestra concepción fundamental».

En el fondo, Macleod y Gide están de acuerdo al definir la moneda.

Esta representa una deuda, ó sea un crédito á favor de su poseedor, quien con ella paga otras deudas ó adquiere por su equivalente las riquezas que necesite, si bien para este último se requiere que la sociedad reconozca el valor monetario.

Con lo que no estoy conforme es con la extensión que da Macleod al concepto de moneda, al entender por tal toda deuda transferible ó todo título de crédito, pues dicha denominación debe reservarse exclusivamente para el título ó bono emitido ó reconocido por el Estado con valor monetario, por que los demás

títulos pueden ser aceptados ó no por los acreedores, mientras que en la moneda, como ya dije, la fuerza legal le atribuye poder cancelatorio ó liberatorio.

Todos los demás títulos de crédito, influyen, sí, en la circulación monetaria permitiendo que la moneda tenga mayor potenciabilidad (16) por servir una misma cantidad de numerario para múltiples operaciones, pero que son cosas distintas el mismo Macleod lo demuestra, cuando más adelante afirma que en tiempo de crisis, al restringirse el crédito, se echa de ver que *el dinero es escaso,* porque en tal ocasión desaparecen muchos títulos que hacían las veces de numerario y se encuentra éste más solicitado.

## IV

Explicado nuestro concepto de la moneda, trataré de demostrar que el papel puede servir, mejor aún que los metales preciosos para las funciones de permutación y comparación de valores que la moneda desempeña.

Se dice por los autores que sólo una riqueza efectiva, una sustancia de valor propio, intrínsico, objetivo, una *mercancía*, un *producto*, puede constituir moneda, porque su adquisición representa trabajo, y sólo así puede ser aceptado en los cambios y ofrecer un valor estable, como es necesario para que á ese valor se comparen todos los demás. « La longitud no se mide más que con una medida de longitud, el peso con una unidad de peso, el valor con una unidad de valor. El papel moneda no es más que una especie de título de crédito, que se acepta cuando hay confianza, y no puede ser equiparado á la moneda legítima, porque nunca es como ésta, el equivalente de la mercancia por la que se cambia» (17).

Que la moneda tenga que ser un *producto*, es decir,

el resultado del trabajo, claro que hay que admitirlo, cuando se habla de la moneda primitiva, real ó comercial, pero lo niego en absoluto cuando se trata de la moneda del Estado, moneda nacional ó fiscal, ó moneda simplemente, tal como hoy debe entenderse y llamarse.

La moneda desempeña actualmente en una nación civilizada una función jurídico-económica, la del pago de deudas, para la que de ningún modo es conveniente que consista en un producto, que como tal puede ser exportable, y por lo tanto, desaparecer del país.

La moneda regula los valores internos de una nación, y en tal concepto, sirve de norma á las transacciones que se efectúen y que crean obligaciones cuyo cumplimiento se ha de realizar en plazo más ó menos largo, dada la forma actual de los negocios; y por consiguiente, no puede convenir á los intereses nacionales que la moneda esté expuesta á las contingencias del cambio internacional, cuyas exigencias, en un momento determinado, draguen y arrastren al exterior el numerario circulante, originando trastornos y perturbaciones de suma gravedad (18).

Lo que para los tratadistas representa una ventaja en la moneda mercancia, el servir ésta en los pagos internacionales es, pues, á mi modo de ver, un inconveniente.

El papel, como materia de moneda, no teniendo en si mismo ningún valor, ó siendo éste tan insignificante, que no merece la pena de tenerse en cuenta, no ofrece el peligro apuntado para la moneda-mercancia, pues que su radio de acción queda circunscrito al territorio nacional.

Pero ¿de donde viene el valor del papel moneda?

Leamos préviamente á Courcelle Seneuil, (19) una de las autoridades clásicas:

« La moneda ordinaria tiene un valor de la materia

misma que la constituye, y también del uso á que está destinada. El pedazo de papel que tiene curso forzoso de moneda por orden del gobierno, no tiene valor alguno por su materia y sin embargo, sirve para recibo de créditos existentes y para el pago de contribuciones públicas; lo cual es suficiente para conferirle un valor que jamás obtendría en pueblos poco civilizados, que siempre dan muy poca importancia á los créditos particulares y á las contribuciones públicas.

«Como el valor de este papel provéese únicamente del uso á que se le destina, ese valor está limitado por el mismo uso; si las emisiones fuesen regulares, el papel moneda podría valer tanto como la moneda metálica; pero desde que las emisiones exceden de la cifra incógnita que el uso y las necesidades le han fijado, empieza su depreciación y continúa en razón directa del progreso de las emisiones».

En las frases precedentes está bien claramente afirmada la creación del valor de la moneda por la fuerza del Estado; y realmente el hecho no admite dudas, como que es experimental, y su comprobación está al alcance de todos (20).

El Estado crea el valor de la moneda, en ejercicio de su soberanía, en uso de su poder, por que, como Estado, puede legislar sobre la forma en que los habitantes del país hayan de *contribuir* á la satisfacción de las funciones sociales que le están encomendadas, y sobre la forma de resolver las obligaciones jurídicas que no tengan ó no puedan tener un modo preestablecido ó predeterminado de pago.

Remunera el Estado á sus representantes por los servicios que prestan á la sociedad, con papel moneda, que, á su vez, lo admite en pago de los impuestos que tiene derecho á exigir, y decreta al mismo tiempo que de las obligaciones á que me he referido se pueda quedar libre con la entrega de la moneda de esta

clase en la cantidad que en cada caso corresponda.

Así, el papel moneda, creación del Estado ó de la ley tiene un valor indiscutible, positivo.

Por que el valor es, como dice Leroy Beaulieu, (21) siguiendo á la escuela austriaca, «la importancia que concedemos á la posesión ó á la adquisición de las cosas,» y no podemos menos de conceder importancia ó estimación á lo que tiene un destino racional y nos representa en una ú otra forma esfuerzos ó sacrificio de riquezas.

El papel moneda nos sirve para el pago de impuestos, obligación ineludible, y nos sirve también para el pago de ciertas deudas que representan esfuerzos, riquezas ó servicios; por consiguiente, tiene valor para la masa social. Y de ahí que, generalmente, la sociedad ratifique el valor del papel moneda, y éste, á más de la fuerza liberatoria dada por el Estado, tenga la fuerza adquisitiva, reconocida por la sociedad.

La fuerza adquisitiva completa á la moneda en la plenitud de sus oficios, y hace de ella la *marchandise princesse,* que dijo Proudhon.

Y este origen del papel moneda no riñe con el concepto de la moneda expuesto por Macleod, porque el Estado es acreedor de la sociedad y cobra la deuda con la emisión, representando ésta así la *deuda transferible* de que habla aquel autor.

Al emitir el Estado en virtud de ese título, no se convierte en deudor, como se creia hasta ahora, sino que en forma legal hace transferible la deuda de la sociedad hacia él.

Por eso, la unidad monetaria creada con la emisión debe ser la del *peso papel,* sin referencia á la moneda metálica.

Ya el eminente político Dr. Carlos Pellegrini en un discurso (22) pronunciado en el Senado Nacional de la

República Argentina declaró que así como habia, según la legislación de dicho país, la unidad monetaria del *peso oro,* de un gramo seis mil ciento veintínueve, diez milésimos de oro con ley de novecientos milésimos, y la del *peso plata* con veinticinco gramos de plata y novecientos milésimos de fino, se había creado también una *tercera unidad monetaria,* que era la del peso papel.

Sólo que el Dr. Pellegrini daba un sentido torcido al alcance que debiera tener la creación de la *unidad monetaria papel,* por que el origen de ésta era vicioso, el de eximir á los Bancos de la obligación de convertir sus billetes en especies metálicas, y se pretendia dar fuerza cancelatoria al peso papel para todas las deudas contraídas durante el régimen de conversión. Y conste que ese ha sido el origen del papel moneda en casi todos los países, (23) de donde procede el justificado recelo con que se le mira á la moneda de esa clase.

Pero yo no hablo, como hablaba el doctor Pellegrini, de la unidad monetaria papel como equivalente á la de oro ó plata, por ministerio exclusivo de la ley, con lo que se favorece á los deudores en tanto que se perjudica á los acreedores, no; esa medida puede ser una verdadera expoliación: yo me refiero á la unidad monetaria papel, creada por el Estado atendiendo exclusivamente á los intereses generales de la Nación

Respétese la voluntad de las partes que hubiesen contratado oro ó plata, como si hubiesen contratado trigo ó maiz, y no seobligue á aceptar papel en vez de metal; cuando no mediaren estipulaciones en contrario, enhorabuena que entre á funcionar el papel moneda.

Por no haberse dilucidado ni puesto en claro la cuestión del sistema monetario en los tratados didácticos, los gobiernos han caído en errores que han dado motivo á decir que el papelmoneda es la plaga más

grande de las naciones, y que viene á ser en lo moral lo que la peste es en lo físico.

En los gobiernos se ha reflejado la idea de que el papel sólo podía servir transitoriamente para moneda y con más ó menos sinceridad han declarado siempre al decretar la inconversión y con ella el curso forzoso que se volvería al régimen metálico.

Esto no debe ser, según mi teoría. No hay para qué hablar de convertir en especies metálicas el papel moneda, emitido con arreglo á las bases y condiciones que se consignan en este escrito.

Teniendo el papel moneda en sí mismo un valor; valor propio, distinto é independiente de la materia de que se forma, no hay para qué referirlo tampoco á ninguna mercancia, ni para qué tratar de su convertibilidad.

Consiguientemente, la fórmula que se estampe en el papel monda, emitido conforme á lo que dejo expuesto, debe ser ésta: *La Nación reconoce en este billete el valor de un peso papel como moneda nacional* (24).

## V

Loc economistas que no consideran verdadera moneda sino la que por su substancia ó materia tiene valor propio, suponen que esta condición es de todo punto necesaria para que la moneda desempeñe su principal función, que es la de servir de medida al valor de las cosas. Así llaman á la moneda el *valorímetro*, ó *unidad ó medida de los valores;* ó bien *denominador común.*

Reconociendo que es función esencial de la moneda, la de servir de punto de comparación de los valores, veamos si el papel puede ser apto para dicha función.

Desde luego, hay que advertir que los mismos partidarios de la moneda-mercancia, reconocen que los

metales preciosos desempeñan muy imperfectamente el oficio de medida de los valores, porque el oro y la plata, como todos los productos, están sujetos á las oscilaciones del mercado, y no pueden ofrecer una estabilidad inalterable en su valor propio. Prueba de ello es que la plata desde el año 1850 al de 1870 hizo prima sobre el oro, y desde este último año ha ido decreciendo progresivamente en valor hasta la fecha, en que pierde más de un 50 %. Ya no se habla, por consiguiente, de los metales preciosos como constitutivos de la materia más adecuada para la moneda, sino de un solo metal, el oro, el cual es el elegido por la mayor parte de las naciones ricas para servir de único patrón monetario.

Y aun el oro no satisface plenamente, porque, en largos períodos de tiempo, está sometido también á influencias cambiantes de su valor, proponiéndose para reemplazarlo la medida del trabajo ó la del valor del trigo como menos sujetos á fluctuaciones en un promedio de largos plazos. ó bien la formación de *Index Numbers*, para la determinación la más exacta posible de la equivalencia de las riquezas.

Sin embargo, los partidarios de la moneda metálica establecen la superioridad de ella sobre la moneda papel, «porque esta se emite por los hombres y aquella por la naturaleza. de suerte que un legislador imprevisor puede depreciar el papel moneda emitiéndolo en cantidad exagerada, en tanto que no está en poder de ningún Gobierno el depreciar en esa forma la moneda metálica.»

Pero, yo pregunto ¿qué es preferible? Que los elementos naturales, irreflexivos, ciegos, aleatorios, ó los elementos humanos, racionales, voluntarios, sean los que gobiernen y dirijan el orden social?

La elección no es dudosa. Los progresos de la civilización precisamente se determinan por la sumisión

por el avasallamiento de las fuerzas naturales á la voluntad humana ó al arte humano.

De donde se deduce que, así como yo señalaba un inconveniente en lo que los economistas clásicos creían ver una ventaja respecto á que la moneda-mercancia podía servir para los pagos internacionales, ahora encuentro también que es una ventaja lo que los economistas señalan como un peligro, á saber, que el papel moneda sea emitido por la voluntad de los hombres.

La razón de esto es bien clara: la cantidad de un producto como elemento integrante de su utilidad final, constituye uno de los factores de su valor; y como la cantidad de los metales preciosos depende de los yacimientos y minas que se descubran y del trabajo que al efecto de su descubrimiento y utilización se aplique, queda librado á lo arbitrario, á lo caprichoso, el regular el valor de la moneda, que es, sin duda, uno de los elementos económico-sociales de más grande importancia en los Estados modernos.

Y, por el contrario, en la emisión de papel moneda cabe sujetar la cantidad á cálculo exacto, preciso, matemático, por lo mismo que esto depende exclusivamente de la voluntad de los hombres.

Los individualistas parten del supuesto de que esa voluntad es arbitraria, y de que sobre todo, los gobiernos están representados por hombres malos, corrompidos é ineptos, que necesariamente han de abusar del poder que asumen; pero yo no me refiero á una voluntad movida por malas pasiones, ó inconsciente, ó irracional, sino á la voluntad reflexiva, que se ajusta á las leyes científicas, como debe ser la del hombre civilizado ó de cultura superior. No se trata de legitimar abusos, sino de prevenirlos.

Porque estoy persuadido del poder de la ciencia y del de la conciencia social, creo que, cuando la disciplina económica, al tratar de la moneda, en lugar

de elucubraciones enfáticas, imaginativas y gárrulas, y en lugar de fórmulas emitidas solemnes y dogmáticamente, pero sin fondo bastante, y en forma semejante á la cascarilla que se deshace en cuanto se quiere examinar su contenido, señale, mediante observación minuciosa y paciente, leyes de verdadero carácter científico; cuando las verdades proclamadas así por la ciencia resulten comprobadas, y su conocimiento se generalice y divulgue entre todas las capas sociales echando ancla en la conciencia del pueblo, no habrá gobierno por insensato que sea, que se atreva á ir en contra de lo que quedara por tal modo establecido, y si alguno lo intentara, seguramente no podría subsistir hoy en ningún pueblo civilizado.

Lo que importa es, pues, que la ciencia económica señale con toda exactitud los límites fijos en que haya de emitirse el papel moneda, y que esto se consigne en las constituciones ó leyes fundamentales y se enseñe en las escuelas; y entonces se verá que el papel puede servir mejor que los metales preciosos, de elemento regulador de unidad de medida de los valores, por lo mismo que se trataría de límites conocidos de todo el mundo y que se sabría iban á ser respetados, no dependiendo, por consiguiente, del azar, ni del capricho.

Sometiéndose la emisión de papel moneda á límites precisos, exactos, sería posible ejercitar la previsión científica, y hasta la aplicación de los *Index Numbers*, si esto último se estimara conveniente.

Y cuando el profesor de Economía Política pudiera anunciar, lo que hoy no es posible por falta de exactitud en las generalizaciones de esta disciplina, lo que seguramente haya de manifestarse respecto al valor de la moneda, á la manera que el capitán de un buque nos señala el punto en que nos encontramos y el en que nos encontraremos al siguiente día, salvo acciden-

tes fortuitos, la fe en la ciencia reaparecería, y tarde ó temprano acabaría por imponerse á todos, incluso los gobernantes.

Y éstos, que al fin y al cabo, son hombres, y hay que suponerlos cultos é instruídos, no irán ni podrán ir contra la ciencia ni contra lo admitido por la conciencia social, así como hoy ni en las Monarquías, ni en las Repúblicas, y quizás menos en aquellas que en éstas, se atreven los jefes de Estado á invocar derechos que antes pasaban por indiscutibles.

Si hasta ahora en la cuestión del papel moneda, á que debo concretarme, los gobernantes han abusado del poder, como hay que reconocerlo, también es forzoso declarar que los economistas abusaron del prestigio de la ciencia. Unos y otros procedieron empíricamente, con la agravante en contra de los gobiernos de haber cedido á conveniencias ó estímulos no siempre aceptables, y sí, muchas veces, reprobables.

Señalándose límites infranqueables á las emisiones de papel moneda, cabe que como dice Gide con intuición genial, «tenga la moneda de esa clase un asiento más ámplio y más estable que el valor de la misma moneda metálica. Y como su cantidad estaría regulada por las previsiones científicas, y no por el juego de azar, es de creer que su valor estaría menos sujeto á variaciones. Probablemente llegará á tener esta forma la moneda del porvenir!

«En definitiva, el carácter de la moneda de papel, por ser artificial, no implica un signo de inferioridad sino todo lo contrario. El cronómetro es un instrumento artificial para medir las horas, mientras que el sol es un instrumento natural, y esto no impide que el primero sea para dicho uso muy superior al segundo.»

Ante palabras tan expresivas, en que rebrilla la verdad nada he de agregar por mi parte.

## VI

El mismo Leroy Beaulieu, después de haber afirmado categóricamente que la fuerza legal no es suficiente para asignar ó mantener un valor á la moneda, incurriendo en una de las contradicciones á que me refería al principio de este trabajo, se expresa en los siguientes términos, que creo oportuno reproducir: «Se puede concebir que una sociedad se sirva de una moneda cuasi-ideal y que no tenga más que el mínimum de *substratum* material; una sociedad, cuyas condiciones pudieran definirse, pero que por los defectos y los impulsos de los hombres ofrecerían pocas probabilidades de realizarse, y sobre todo, de conservarse, pudiera vivir con una moneda de papel ó de cualquiera otra materia vil, no convertible en especies metálicas, y que fuera aceptado por un valor infinitamente superior al de la materia misma de esta moneda. Se verá más adelante, cuando hablemos de los billetes de Banco no convertibles en especies metálicas, las condiciones totalmente ideales y muy poco prácticas en que este fenómeno pudiera producirse. De todos modos, no habría, en este fenómeno, nada contrario á la idea de la moneda-mercancía: las condiciones más indispensables á la circulación de esta moneda de papel ó de cualquiera otra materia poco costosa, y á la conservación del valor muy superior á la materia en que consistiera, se hallarían: 1º en la limitación muy extricta de la cantidad de esta moneda; 2º en la confianza general, en la opinión universalmente establecida de que esta moneda no se aumentaría jamás ó que sólo se aumentaría en proporciones fijadas de antemano, según determinados elementos no arbitrarios; en razón, por ejemplo, del crecimiento de la población: esta moneda resultaría así limitada, no sólo en el presente, sino que también por hipótesis

en el porvenir. Sería posible, en tal caso, que conservase un valor que sobrepujara enormemente al de la materia de que se formara. Pero este fenómeno no estaría en contradicción con el carácter de mercancia atribuido á la moneda. La moneda de que se trata estaría solicitada porque sería útil en los cambios; sería de adquisición difícil porque su cantidad estaría limitada, y valdría como el oro por la combinación de estas dos causas, la necesidad y la dificultad de adquisición. Formaría parte de esa gran categoría de mercancias de que hemos hablado al tratar del valor, mercancias que, no pudiendo ser reproducidas, por hipótesis, tienen un valor que depende, no de sus gastos de producción, los cuales conciernen sólo al pasado, sinó únicamente de la demanda y la oferta; la demanda estaría representada por la necesidad que hubiera de esta moneda para las transacciones, y la oferta se hallaría limitada por hipótesis, ó no debería aumentar más que en proporciones extrictamente determinadas y según elementos conocidos de antemano: la tal moneda tendría un valor que se regularía en virtud de esos dos factores.»

Se vé, pues, que Leroy Beaulieu admite en principio la posibilidad de que un país cuente con un régimen monetario á papel tan perfecto como el metálico, pero según él se requerirá condiciones totalmente ideales, y difíciles, por tanto, de que encuentren realidad en la vida práctica.

Para la ciencia, basta la posibilidad del fenómeno, y si éste dependiera de condiciones que hubieran de ser puestas por los hombres, no hay porqué desesperar de que no tenga realización cumplida, tanto más si se llegara á demostrar las conveniencias sociales de que tal suceda.

Pero, yo voy más allá. Afirmo que los países nuevos que no sean productores de metales preciosos

ó que no estén estancados en su desarrollo industrial, no pueden contar con un régimen monetario á metal fino como no sea transitoriamente y sostenido por medios artificiales. (26)

Basta, para persuadirse de esta gran verdad, considerar que la moneda metálica acredita prestación de servicios ó de riquezas al mundo entero civilizado, y que representa, por lo tanto, un exceso, un sobrante, un saldo á favor del país en sus transacciones comerciales con el exterior.

Y ese saldo á su favor, no puede tenerlo un país que está en el período de crecimiento; y si lo tuviera, lo cual no podría ser más que momentáneamente, acusaría probablemente una desgracia, un mal, porque indicaría que el capital nacional en vez de aumentar, desaparecía.

Como estas afirmaciones chocan con las usuales y hasta vulgares, cúmpleme explanarlas para que se interpreten rectamente.

He advertido que el régimen de la permuta subsiste siempre, al menos hasta hoy, en las relaciones del cambio internacional. Los productos se pagan con productos entre los países cocambistas, y la superioridad económica entre ellos se determina por la naturaleza de los productos, siendo de éstos los preferidos, en igualdad de las demás condiciones, aquellos cuyo radio de consumo sea más extenso, porque se asegura así la independencia del vendedor, cuya posición resulta tanto más ventajosa cuanto mayor sea el número de compradores. Por eso todas las naciones se afanan en ampliar el mercado para sus productos, y por eso se ha introducido en el vocabulario de la Economía Política el término «productos internacionales» (27).

Ahora, la moneda metálica es un producto internacional; y en tal carácter, entra también ella como los demás productos en el canal de la exportación.

Siendo exportable la moneda metálica, no podrá conservarla el país que no cuente con un excedente de su exportación sobre la importación, y para contar con ese excedente normal es preciso que se haya llegado á un período de estancamiento en el desarrollo industrial y que se haya acumulado un capital bastante á mantener con su renta el importe de los productos que se consumen y que vienen del extranjero.

Todas estas condiciones son difíciles de reunir en un país nuevo que ofrece ancha base para operaciones productivas.

Un economista argentino, el señor Rufino Varela (28) ha presentado «estas cuatro fases de la evolución social en la vida económica de las naciones.»

«La primera faz, la faz primitiva», dice, «es aquella en que una nación no hace más que explotar los frutos espontáneos de su suelo.

Durante este período, las exportaciones exceden á las importaciones. Ejemplos: el Paraguay, Bolivia, Brasil, Ecuador, N. Granada, Perú, Venezuela, repúblicas de Centro América, Méjico, Chile, etc.»

«La segunda faz empieza cuando principia á asimilarse hombres y capitales extranjeros. El progreso comienza á manifestarse: las importaciones exceden entonces á las exportaciones. Ejemplos: El Canadá, la República Argentina y el Uruguay en este último tiempo.»

«En la tercera faz, las exportaciones exceden á las importaciones, porque ya la nación se ha constituído y no necesita hombres ni capitales: empieza á ser industrial, fabril y manufacturera, á destinar el saldo de sus exportaciones para pagar su deuda externa y en recuperar las acciones y títulos diversos que son suyos y que han sido exportados en pago del excedente de su importación durante el segundo período evolutivo. Ejemplo: los Estados Unidos de Norte América.»

«La cuarta y última faz es aquella en que con sus hombres y capitales se basta á sí misma, y que habiendo pagado todas sus deudas se encuentra por el contrario con grandes capitales disponibles para prestar á las naciones que los necesiten. En este período final, las importaciones exceden á las exportaciones. Ejemplo: la Inglaterra, la nación acreedora del mundo entero.»

Aunque hay un fondo de verdad en esa teoría, no me parece del todo exacta ni aceptable en su base, en cuanto que hoy los datos de las importaciones y exportaciones están considerados nada más que como parciales de la verdadera balanza de comercio internacional, y tienen que ser analizados ellos mismos para darles el alcance que deben tener.

Yo señalo la evolución económico-social de la siguiente manera:

1° El país no cuenta con elementos propios bastantes para utilizar su suelo y sus riquezas naturales; necesita, por consiguiente, del concurso de hombres y capitales extranjeros;

2° El país cuenta con elementos propios bastantes para el funcionamiento normal de sus industrias;

3° El país tiene un sobrante de elementos productivos y lo coloca en otras naciones.

En términos más breves pueden expresarse esos tres grados: 1° país de capital deficiente; 2° país de capital bastante; y $3_0$ país de capital sobrante, ó sea, el primero no se basta á si mismo, mientras que los otros pueden desarrollar normalmente sus industrias con sus propias fuerzas, y todavia quedando un sobrante al país del último grado.

De esta suerte hay que catalogar á los pueblos para la debida apreciación de los fenómenos económicos que en ellos se desarrollan, pues la base de todo el orden económico está en la producción de la riqueza.

Se sabe que son tres los elementos de la producción; la naturaleza, el trabajo y el capital. Cada nación tiene sus fuerzas naturales, para cuyo aprovechamiento han de intervenir necesariamente el trabajo y el capital (29).

En un país nuevo, la naturaleza, inexplotada, brinda múltiples colocaciones al trabajo y al capital, y aquella adquiere tanto mayor valor, cuanto más elementos productivos atraiga y los absorba. Pero ni el trabajo ni el capital se dirijen á ella gratuitamente, y como hay que pagarlos, y como la naturaleza no devuelve en el acto lo que se haya invertido en ella á título de capital permanente, de ahí el déficit en que ha de encontrarse todo país qué por no tener riqueza ahorrada ó acumulada tenga que recurrir al extranjero en busca de elementos productivos.

Entiéndase que ese déficit se refiere á los pagos internacionales; y el déficit existirá, porque se han importado capitales, que hay que pagarlos con productos provenientes en parte también de los mismos capitales; de suerte que dicho déficit no arguye nada malo contra el país que lo sufre, sino al contrario, es síntoma de progreso nacional. El país está en este caso enriqueciéndose con la aportación de los capitales que incorpora á su suelo. Ejemplo de esto tenemos en el Paraguay, donde la ganadería ha recibido un aumento grande con las importaciones de hacienda del Brasil y de la República Argentina, resultando que si estas importaciones traen un desequilibrio en la balanza de comercio, nada sin embargo, pierde el país, sino que al contrario, gana con el aumento del capital que nacionaliza. Ne quiero con este decir que el desequilibrio sea un bien, pues á nadie se le oculta que ocasiona trastornos. Sólo que estos trastornos son hasta cierto punto inevitables, como consecuencia del mismo progreso.

Lo que importa es establecer la diferencia entre

los términos «importación y exportación» y los de «consumo y producción» que suelen emplearse indistintamente muchas veces.

Ni la importación equivale siempre á consumo, ni la exportación equivale siempre á producción. En demostración de lo primero está el ejemplo que he puesto. de la ganaderia, así como el de las máquinas, herramientas, etc; y ejemplo de lo segundo es lo acaecido en España, cuando en 1898, á causa de haberse elevado el cambio sobre el extranjero al 200 %, se exportó en grandes cantidades materías que constituian capitales.

Producido el desiquilibrio en la balanza comercial, como necesariamente tiene que producirse, cuando se trata de un país nuevo que importa capitales, la moneda metálica, en tanto que producto, y producto internacional, tiene que verse muy solicitada y tiene que desaparecer en consecuencia.

La conclusión es rigurosamente lógica, y la experiencia enseña la verdad de tal aserto.

A todo país, pues, que está en el primer periodo de su evolución económico social, según los términos que he señalado, no le es aplicable otro régimen monetario que el de papel. Transitoriamente, como ha ocurrido en diferentes ocasiones en la República Argentina, y en el Paraguay la última desde 1885 á 1890, podrá sostener el régimen á metal fino, pero mediante grandes sacrificios y consecuencias funestísimas. El Paraguay vendió en el periodo mencionado casi todas las tierras públicas á extranjeros que no se nacionalizaron económicamente, y la entrada de oro que correspondió á dichas ventas fué lo que sostuvo el régimen de conversión, el cual resultó así, bien costoso por cierto, para el país. (30).

La moneda metálica sólo es posible en los pueblos que se basten á sí mismos por contar con el capital necesario

para mantener ese lujo; y aún en ellos, la seguridad en la conservación de ese régimen dependerá de la cantidad de los capitales sobrantes que tenga para reponer el déficit que en un momento determinado pudiera presentársele, como en el caso de una guerra, una crisis general en los principales productos de exportación, etc.

Conviene que se penetren de esta verdad los pueblos nuevos, para no forjarse ilusiones que cuestan muy caras á la riqueza nacional.

El régimen monetario no es causa sino efecto de las condiciones generales económicas del país, y el gobierno que no las conozca ó que, conociéndolas, no las respete, y se empeñe en sostener un régimen monetario contrario á ellas, fracasará en piazo más ó menos breve, y al fracaso acompañarán males sin cuento que retardarán el desarrollo normal económico de la Nación.

## VI

Fijar las bases con arreglo á las que el papel moneda deba ser emitido, para que responda eficazmente al cumplimiento de las funciones que se le asignan, es lo que ahora voy á intentar.

En este problema va envuelto el de la cantidad de moneda que un país precisa.

La teoría, que pudiera llamarse europea, consiste en que todo país cuenta normalmente con la cantidad de moneda que le sea necesaria, por que el cambio internacional reviste siempre la forma de permuta ó trueque, figurando la moneda como uno de tantos productos que va ó viene según las necesidades de cada mercado, y en el caso de que la moneda saliere del país, de un modo sensible, se experimentaría una baja en todos los precios de las riquezas nacionales, lo cual serviría para restablecer el equilibrio, acudiendo

á ese país los compradores atraidos por la baratura y vendrían á dejar en él la moneda que hubiere salido.

Esta teoría, que está muy bien desarrollada por el profesor de Dublin, Bastable (31), y por el profesor italiano Pantaleoni (32) lleva implícitas determinadas condiciones que, hoy por hoy se cumplen en los países europeos, pero no en los sud-americanos, pues da por supuesto un grado superior del desarrollo industrial y comercial en todas las naciones que entre sí cambian, de suerte que el alza ó la baja de los precios forma las corrientes de importación y exportación de los productos, entre los que va incluida la moneda metálica, lo cual á la vez supone un stock permanente de productos internacionales que no existe en los países nuevos de capital deficiente.

Otra teoría, muy bien explicada por el escritor brasileño Amaro Calvacanti, (33) consiste en que no es posible señalar límites fijos á la cantidad de moneda necesaria á un país

Reproduciré los términos en que se expresa dicho autor:

« Es pretensión absurda»,—dice—la de querer el poder público fijar *á priori* la cantidad de moneda efectivamente precisa para las necesidades económicas de un país »

« La moneda (cualquiera que sea su especie), no tiene en sí misma una *utilidad directa*, como dicen los economistas; es preciso *cederla* para obtener los objetos de que se carece y que sirven á la *satisfacción* de nuestras necesidades; no es, como nadie lo ignora, mas que un *simple medio circulante* de los productos y valores en general. Así como los vehículos transportan las mercaderías de un punto á otro, así también la moneda transfiere la propiedad ó el usufructo de las mismas mercaderías ó de otros cualesquiera valores, entre los individuos.

« Del mismo modo que el *número* de *vehículos necesario,* en cierto lugar ó época, depende de la cantidad de mercancías prontas para el transporte. asi también la cantidad de moneda sólo podrá determinarse por las *transferencias,* por las *transacciones múltiples, indefinidas.* que se realizan, se desdoblan, se suceden, se centuplican, sin *solución final,* en la vida económica de un pueblo.

« Crece la *producción,* aumenta el *consumo,* por el número de consumidores ó porque éstos exigen *nuevos* productos; la demanda de moneda debe crecer *igualmente,* porque ella tiene que *moverse,* tiene que hacer circular ese *nuevo aumento* de productos, ó tiene que *regular* la mayor frecuencia de las permutas de ello resultantes.»

« Tratándose de *moneda fiduciaria* (que es nuestro caso), cuyas ventajas hice notar, decía el señor Isaac Pereira en 1866: «La moneda fiduciaria viene á agregarse á la moneda de oro y de plata; ella *suple* ó *sustituye* á ésta, de modo que permanece en la circulación de cada país lo que fuere necesario á las necesidades de las transacciones. La función (le rôle) de la moneda fiduciaria aumenta con el desenvolvimiento de los negocios.

Su empleo no es *ilimitado,* pero sí *indefinido.* No se le puede *asignar límites,* pues no reconoce otros que los del propio desenvolvimiento de los negocios.»

«Ahí tenemos, en resúmen la teoría, *única aceptable* y *verdadera,* sobre la cantidad necesaria de moneda.»

De esta teoría acepto el sentido general en cuanto de él se desprende la consideración de la moneda como vehículo de los valores, pues las deudas transferibles representadas por la moneda tienen por base los valores de que sean dueños los deudores. Pero, por lo mismo, lejos de creer que no cabe asignar límites á la cantidad de moneda necesaria á un país,

me parece que puede perfectamente indicarse dichos límites.

Vamos á verlo.

Siendo la moneda representación de *deudas* ó *créditos* transferibles, y teniendo valor el título credituario por la efectividad de su realización, ó sea, por la efectividad de la solvencia del deudor, puede ponerse en circulación una cantidad de títulos igual al valor real de la suma de todas las riquezas nacionales. La moneda ha de estar, pues, en proporción á la suma de todos los valores nacionales, para que éstos puedan ponerse en movimiento y no quedar paralizados por falta de vehículos ó de medio circulante.

Pero el vehículo puede marchar á paso de carreta ó bien con la velocidad de un automovil que recorra ochenta kilómetros por hora; y la diferencia en el resultado será enorme.

La rapidez de la circulación monetaria, lo que los franceses llaman *l'efficacité*, y los italianos el *efecto útil* de la moneda es el otro elemento que hay que relacionar con el total de los valores nacionales.

En este sentido hay que entender á Macleod cuando dice que están en un error los economistas que refieren la cantidad de moneda al valor de las mercancías, porque las transacciones pueden efectuarse en forma que una misma suma de numerario sirva para múltiples pagos.

Valuar la riqueza nacional y graduar la velocidad del medio circulante es, pues, lo que hay que hacer para determinar la cantidad denumerario necesaria al país.

La valuación puede hacerse por el rendimiento que la riqueza convertida en capital produzca; y la graduación puede hacerse por el término medio que resulte del movimiento de los Bancos descontado un tanto por ciento, por ejemplo, el 10 %, que pueda escaparse del movimiento bancario.

Presentaré como ejemplo el siguiente: calculamos en mil millones de pesos la fortuna nacional y apreciamos por el movimiento bancario en cincuenta grados la velocidad del numerario, de suerte que una suma de mil pesos hace por la rapidez de su circulación el mismo servicio de cincuenta mil pesos; pues bien; la cantidad de moneda estará determinada por la cifra de veinte millones, ó sea, la cantidad de numerario, *c*, igual á la fortuna nacional, *f*, dividida por la graduación de la velocidad: $c = \frac{f}{g.\ v.}$

En términos análogos, aunque desde otro punto de vista, se expresa Pantaleoni.

Dice asi este autor; «Los valores unitarios de la moneda se determinan consiguientemente en razón directa de la *demanda de moneda* y en razón inverza á su *oferta*. Solo que la *necesidad de la circulación*, ó sea, el movimiento de las transacciones, que representa la demanda de moneda, se descompone en dos elementos, que son la *cantidad de mercancias*, ofrecidas *en venta*, y el *número de veces* que *la misma mercancía se compra y se vende contra moneda*. Suponiendo los mismos precios dados en moneda, de todas las mercancías que están en un mercado, la cantidad que hace falta para mantener los precios marcados, está determinada por la cantidad de las mercancías, multiplicada por el término medio de veces que cada una sea comprada ó vendida antes de ser retirada del mercado. Igualmente la cantidad de moneda disponible ú ofrecida en circulación, porque toda suma de numerario pasa por muchas manos y debe contarse por tantas veces cuantas haya hecho el oficio de moneda. La moneda disponible resulta por tanto, igual al producto de su cantidad por la rapidez de su circulación. El valor unitario de la moneda deberá, pues, expresarse en esta fórmula: $v = \frac{m}{c.\ r.}$ en la que el *movimiento* de las transacciones, ó sea, la demanda, está representada

por la letra *m*, y la oferta de moneda, por el producto de su cantidad, *c* y por la rapidez de la circulación, *r.*»

La fórmula del profesor italiano es para determinar el valor de la moneda, y la que yo he dado es para determinar la cantidad necesaria en un país.

En realidad, las dos fórmulas se completan, porque la cantidad como elemento integrante de la utilidad final, determina el valor, permaneciendo invariables los otros factores, cifra de los negocios, y grado de velocidad del medio circulante; pero la cifra de los negocios no es inalterable y, para el problema que yo pongo, el de determinar la cantidad necesaria de moneda en una nación para el desarrollo normal del movimiento económico, conviene estudiar la relación que existe entre la cifra de las transacciones, conjunto de deudas transferibles, y la cantidad de moneda.

Cuestión es esta análoga á la que un célebre escritor español aplicaba á la producción literaria de su país, preguntando: ¿no se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?; así como también á esta otra que se presenta en los países nuevos: ¿no se hace un buen camino á un paraje desierto, que contiene abundante riqueza natural, porque no hay población, ó no hay población porque no se hace un buen camino?

De igual modo cabe preguntar; la cantidad de moneda depende del movimiento de los negocios, ó el movimiento de los negocios, depende de la cantidad de moneda?

La contestación racional tiene que ser afirmativa para los dos puntos de cada una de dichas preguntas, reconociendo en ellos á la vez la calidad de causa y de efecto, ó sea, la acción y reacción recíprocas, que se dice en sociología.

La cantidad de moneda debe estar en proporción al movimiento de los negocios, y á la vez este movimiento tiene que estar supeditado á la cantidad de moneda.

Veamos porqué.

Cuando la cantidad de moneda aumenta, permaneciendo invariable la cifra de los negocios, la moneda, aunque fuera metálica, se deprecia, es decir, suben todos los valores nacionales, pero suben nominalmente, esto es, *se inflan*, porque la moneda ha disminuido su potencia adquisitiva, dejando sólo el aumento de moneda como efecto positivo el haber favorecido á los deudores en perjuicio de los acreedores.

Cuando el movimiento de los negocios va en aumento constante, permaneciendo invariable la cantidad de moneda, los precios bajan; muchos de los valores nacionales quedan estancados y la situación de los deudores se agrava, perjudicándose éstos en tanto que se benefician los acreedores.

« Cuando la cantidad de moneda, dice el señor Amaro Calvacanti,—es menor de la que exigen las transacciones los precios *descienden*, esto es, las cosas se *deprecian*, las empresas *languidecen*, los servicios se *paralizan*. los salarios *disminuyen*, y *finalmente*, viene la *crisis*. Y durante ésta, el comercio, las industrias, todos quedan á la *merced prepotente* de los banqueros y usureros, que deciden, como árbitros *supremos*, el que *cese* ó se *prolongue* el *malestar* de la vida económica de un pueblo! »

« Si, por el contrario, *abunda* el dinero, todo se *anima*, todo se *expande* en la vida nacional. »

Tambien el célebre economista, Emilio de Laveleye, (34) dice: « La diminución absoluta ó relativa de la moneda al rebajar los precios tiene pues, por momentánea consecuencia paralizar el movimiento de los cambios y la actividad de la producción, y por resultado definitivo agobiar á los deudores. »

Hay indudablemente una relación estrecha entre la cantidad de la moneda y la cifra de las transacciones, elementos entrambos que se influyen recíprocamente;

pero, ¿cómo se determina esa relación? O en otros términos, cómo sabremos si la cantidad del medio circulante se ajusta á las necesidades, ó si hay abundancia ó escaséz?

Podemos conocerlo desde luego experimentalmente por los datos consistentes en la tasa del interés y en el precio de las riquezas nacionales.

La tasa del interés es normal, alta ó baja; y el precio es tambien normal, alto ó bajo.

La tasa del interés es normal, cuando permite al empresario obtener un beneficio normal: es alta cuando no da lugar á ese beneficio, y es baja si el empresario obtuviera, mediante el capital, beneficio considerable.

El precio es normal cuando permite la explotación de las riquezas nacionales con un beneficio normal, es alto cuando no permite esa explotación con beneficio, y bajo en el caso de que la misma explotación produzca rendimientos considerables.

Y advierto que por la fuerza misma de las cosas, el interés tiene que estar en razón inversa de los precios, correspondiendo al aumento del interés el descenso de los precios, y á la baja del interés la elevación de los precios.

De aquí una consecuencia importantísima, que no se debe perder de vista, sobre todo, cuando rije el sistema del papel moneda, á saber, que cuando aumenta la cantidad de moneda, sin que baje la tasa del interés corriente, los precios suben: y con precio alto é interés alto no es posible el desarrollo natural de los negocios.

Este es lo que está pasando en el Paraguay.

Aquí ha ido en aumento constante la cantidad de papel moneda sin sujeción á un plan determinado, salvo una excepción (35), y como no ha bajado la tasa del interés, que es de 12 á 15 % anual, no se han desarrollado los negocios en forma tan rápida que absorbieran

los aumentos de la moneda, y así ha resultado que el oro como todas las mercancías y la mayor parte de las riquezas se han inflado subiendo los precios á las nubes, y haciendo que sea privilegio de unos pocos poseedores de capital barato, por su crédito en el exterior, el desenvolvimiento de los negocios.

Téngase entendido, pues, que el aumento de la cantidad de moneda, cuando no va acompañado de una baja del interés, como sucede al emitirse en pequeña dosis y sin el órden conveniente, puede ser perjudicial á los intereses nacionales.

En definitiva; cuando la cantidad de moneda se ajusta á las necesidades de la circulación, viene de por sí la normalidad en los precios, en la tasa del interés, en los beneficios y hasta en los salarios, y con ello la normalidad en la situación económica de los habitantes del país.

La base (36) que he señalado con la fórmula $c = \frac{f}{g \quad v}$ es perfectamente científica y puede á la vez dar completa estabilidad, porque la cantidad, elemento integrante del valor, queda limitada á proporciones fijas y conocidas de antemano, cumpliéndose así la condición que Leroy Beaulieu y Gide señalaran para que el papel sirviera tan bien ó mejor que el oro á las funciones de la moneda.

Dada la fórmula, importa su exacta aplicación, y para ello es condición previa la organización verdaderamente científica de la oficina de estadística.

La valuación de la riqueza nacional y la graduación de la velocidad del medio circulante deben hacerse con arreglo á los promedios obtenidos en un periodo de tiempo que, para el Paraguay, me parecería conveniente el de cuatro años, por ser rápidos los cambios en los países que están creciendo, y por ser el mismo plazo en que se renueva el gobierno; de suerte que no se pudiera aumentar, salvo accidentes extraordina-

rios y en casos justificadísimos, el numerario circulante durante dicho periodo.

Con esto, y con la publicación lo más frecuente posible de un boletin estadístico, todos podrían conocer la marcha de la circulación monetaria, y á ella se ajustarían los negocios. Los profesores, los peritos, los expertos preveerían y anunciarían la cantidad de moneda que correspondiera á cada periodo y los efectos que se habrían de producir, y aun en el supuesto de que las previsiones no fueran del todo exactas, siempre sería esto preferible á la incertidumbre que domina en el órden de los negocios, cuando no hay base ni rumbo para las emisiones, ni orientación posible, por consiguiente, en los que trabajan.

## VII

Señaladas las bases á que se debe ajustar la cantidad de moneda, hay que preguntar como entrará ésta en circulación.

En primer término, (me refiero al papel moneda) ya he dicho que el título legítimo con que el Estado emite, está en el derecho que le asiste para exigir de los habitantes del país una cuota de riqueza que sirva para atender á las necesidades colectivas. Como éstas se aprecian en moneda, y la apreciación se hace anualmente, el Estado, al emitir, puede tomar por base el importe de la tributación anual, con lo que la emisión se equipararía á un cobro anticipado de los impuestos, pues por éstos vuelve la misma moneda al Estado.

Pero como los impuestos se establecen, no solo en consideración á las necesidades colectivas, sino también á la capacidad contributiva del país determinada por la renta anual de los capitales nacionales, para que exista la conveniente armonia entre la satisfacción de

la necesidad y el esfuerzo que ella cuesta, la cantidad de moneda emitida sobre la base de la tributación anual, queda seguramente por bajo de la que es necesaria á la circulación, pues aquella dice relación á la renta nacional, y la última debe amoldarse á la fortuna nacional apreciada en conjunto.

Y como el Estado debe regular la circulación monetaria en cuanto que ésta entraña una necesidad colectiva ó una función social, hay que apelar cuando resulte insuficiente aquella base de emisión, á otro procedimiento que igualmente se ajuste á la teoría de la moneda que queda explicada.

Ese procedimiento, á mi juicio, ha de consistir en la creación por el Estado de una institución de crédito, que facilite el papel, con *garantías, á interés módico y esclusivamente para fomento de la producción nacional* (37).

Esa institución de crédito, llamárase Banco de Estado, Banco Nacional ó Banco cuanlquiera, pondría en circulación la moneda, prestándola con *garantías*, esto es, mediante el contravalor correspondiente, pues se trata, no de dar al que no tiene, sino de facilitar el movimiento de las riquezas nacionales convirtiendo en capital circulante el capital fijo representado por el suelo, edificios, maquinarias etc.

Para los que no puedan ofrecer garantías, y no queden desamparados, cuando reunan aptitudes convenientes de utilizar, cabe el recurso de autorizar al Banco á tomar participación en las empresas industriales ó comerciales, en lugar de los préstamos llamados de *habilitación*.

Y sobre estos préstamos, que cuentan con muchos partidarios creo oportuno reproducir lo que dice el señor Sixto J. Quesada:

«El sistema de crédito criollo, habilitador, es completamente irracional, porque coloca al banquero en

una situación tan poco sólida y tan fuera de las prescripciones de la ciencia bancaria, que puede llegar hasta comprometer los depósitos que le confían á su honradéz y discreción.»

«Los ejemplos que entre nosotros podemos presentar, son ejemplos que ahorran toda explicación, pues ellos demuestran de una manera irrecusable el error de los que insisten en perpetuar el sistema, como sucede con el Banco de la Nación Argentina »

«Un Banco habilitador, de la forma criolla, entrega su dinero ó el de los depositantes, al que los solicita, la mayor parte de las veces sin que tenga éste capital propio, ó lo tenga muy pequeño, en relación á las sumas que solicita, con amortizaciones de 10 ó 25 % trimestrales, es decir, para el primer caso, dos años y medio, y para el segundo un año. Si en este lapso de tiempo los negocios del deudor van bien, el Banco salva su interés, y si van mal, pierde totalmente, ó en su parte, su capital.»

«Los Bancos alemanes fomentadores de industrias operan más racionalmente, pues toman participación directa en las industrias ó el comercio, que quieren desarrollar; y aunque estas operaciones son peligrosas, si la empresa gana, el Banco gana en proporción, y las ganancias en unas empresas puede compensarlas las pérdidas en otras.»

Otra condición de los préstamos que hiciera el Banco de Estado debiera ser la del *interés módico*, condición fácil de cumplir, pues que al Banco no le costaba nada su capital, fuera de los gastos de la emisión y los de la administración ó funcionamiento.

Y la última condición sería la de que los préstamos *garantidos* y á *interés módico*, fueran exclusivamente destinados al fomento de la producción nacional, porque este es el objetivo final que debe perseguirse; la uti-

lización ó aprovechamiento de las fuerzas productivas naturales que en cada país se contienen.

La justificación del destino ó de la aplicación del préstamo no es dificil de obtener

Reuniéndose en la emisión del papel moneda todas estas condiciones, las cuales á la vez quedarían siempre subordinadas á las bases fijadas para la cantidad, de suerte que ésta sirviera siempre de pauta al valor, se daría un impulso rápido y sólido á la riqueza nacional, porque una gran parte de ésta que estuviera inerte, se pondría en movimiento, y se convertiría en capital, en el sentido propio que en el tecnicismo económico tiene esa palabra.

Ahora, para ajustar la cantidad de moneda á las necesidades de la circulación, habría que relacionar la emisión que pudiéramos llamar fiscal con la de caracter crediturario

Fijando por hipótesis, en veinte millones de pesos la cantidad necesaria, y no habiendo en circulación más que diez, se determinaría previamente la emisión fiscal, como ya he dicho, por el importe anual de las entradas fiscales, y descontada esa suma, el resto hasta los veinte millones se entregaría á la institución de crédito. A los cuatro años se verificaría la revisación de todas esas cifras, y en consecuencia con lo expuesto debería decidirse para emitir ó no, y en el caso de emitir, para el destino que se diera á la emisión.

El papel moneda, así emitido y manejado con acierto, se convertiría en capital nacional, pues capital serían los camínos públicos y obras que se hubieren construido, y capital serían las mejoras del suelo y productos que realizasen y obtuviesen los directores de las empresas productivas, nacidas al calor del crédito sostenido por el papel (38).

Este, al parecer, sorprendente fenómeno no sería más

que el resultado de la acción combinada de la fuerza del Estado con la del crédito.

El Estado crea el valor monetario del papel, y el crédito, mantenido con ese papel hace posible la producción.

La moneda, dice Macleod, representa la riqueza ya formada; el crédito, la riqueza futura.

Para que esa representación sea efectiva, basta que la fuerza del crédito este bien manejada, porque el crédito sirve para poner en movimiento valores que si no por él estarían muertos, y el movimiento sirve para crear valor.

En conclusión; el régimen monetario nacional tiene que estar en relación adecuada con las condiciones económicas del país; cuando éste carece de capital bastante para el aprovechamiento de sus fuerzas y elementos productivos, por hallarse en el periodo de crecimiento, tiene que recurrir forzosamente al papel moneda para no quedar estancado y para progresar con rapidéz: el papel moneda ajustado á las leyes científicas que he señalado es el instrumento más perfecto para desempeñar las funciones monetarias, porque su cantidad queda en tal caso regulada racionalmente, y todo el mundo puede saber á que atenerse respecto al valor monetario, siendo éste, uno de los factores más importantes para el progreso económico.

Pero, téngase muy en cuenta la importancia del elemento moral en la circulación monetaria á papel, porpue el valor de la moneda de esta clase «depende en gran parte (palabras de Leroy Beanlieu) de la apreciación de la opinión pública respecto de las emisiones futuras.» No sólo se aprecia en el régimen del papel moneda la cantidad efectiva que está en circulación, sino tambien las ideas dominantes en las clases directoras, de las que sale la clase gobernante, respecto á las bases en que hayan de efectuarse las emisiones.

Por eso, las situaciones ambíguas son las peores, pues con ellas se tienen todos los males sin ninguno de los bienes (39).

De ahi la necesidad de que el régimen monetario á papel esté asentado sobre bases estables, que todos puedan reconocer y que se sepa son aceptadas por la generalidad de los hombres políticos, así como el que ellas respondan á un plan financiero racional y comprensivo; debiendo á más el gobierno inspirar confianza, no sólo por la honradez administrativa, sino por la firmeza de convicciones con que se trace el rumbo y la energía con que lo siga.

Sin embargo, en todos los casos conviene tener presentes las frases sugeridas por el espíritu profundamente crítico de Nietzsche, frases con las que cerraré este trabajo:

«En nuestros días no se concede á nadie que posea la verdad: los métodos exactos de indagación han esparcido bastante desconfianza y prudencia para que todo hombre que defienda violentamente sus opiniones con la palabra y con los hechos, sea considerado como un retrógrado. En efecto: la declaración enfática de que se posea la verdad, vale hoy mucho menos, casi nada, al lado de la otra declaración, más modesta, es verdad, y menos sonora, de la investigación de la verdad, que no se cansa jamás de aprender de nuevo y de hacer nuevas experiencias» (40).

# NOTAS

(1) Opiniones emitidas recientemente en el importante periódico de Buenos Aires, *El País*, confirman lo que digo en el texto.

El señor Emilio Hansen, quien ha ocupado altos puestos públicos, entre otros, el de Subsecretario del Ministerio de Hacienda, dice: (número de *El País* correspondiente al 20 de Agosto último):

«La República Argentina, en el concierto de las naciones, indudablemente que es estado soberano y autónomo; en la forma y juego de sus instituciones políticas, también evidencia autonomía y criterio propio, pero en otros órdenes de desenvolvimiento material es todavía absolutamente colonial, está todavía absolutamente dominada por el criterio y la influencia europea, que traen supeditadas las iniciativas y las tendencias del instinto nacional.»

«Y esto, peculiarmente es lo que pasa en su gestión monetaria, tomada la materia en su alcance más lato.»

.....«La opinión europea nos ha dicho que las emisiones son una aberración, que hemos abusado de ellas de una manera escandalosa y que continuar en ese camino sólo puede acarrear la ruina total y definitiva del país. Y nosotros, reconociendo que, en parte, tiene razón, no nos animamos á exponer la parte en que yerra, ni afirmar que somos capaces de servirnos de un vino cordial sin por fuerza abusar y emborracharnos con él.»

Otro publicista argentino, el señor Héctor C. Quesada, se expresa en el mismo diario en estos términos:

«Los argentinos estamos perdiendo nuestro carácter para suplantarlo por el criterio y conveniencias extrañas. Se escucha más la voz de capitalistas extranjeros que lucran con nuestros errores é ignorancia, que la del modesto obrero del pensamiento nacional que entrega de lleno su cuerpo á los ardores de la campaña.»

(2) Compendio de Sociología, traducción de P. Dorado, pág. 399

(3) L'injonction legale, l'histoire le prouve surabondamment, ne suffit pas pour assigner ou maintenir une valeur á la monnaie:— Leroy Beaulieu, *Traité theorique et pratique d'economie politique:* tom. 3°, pág. 129.

(4) Jusqu'à l'epreuve faite par la France, le cours forcé n'avait que des antécedents desastreux. On pouvait dire qu'un des ses effets naturels et principaux etait de deprecier l'instrument des echanges et de le rendre d'une valeur très variable. Aujourd'hui il faut attenuer ce langage; de même qu'il serait exageré de dire que la conséquence nécessaire d'une danse sur une corde raide es la chute et la morte de l'imprudent acrobate, c'est là, en effet, une consequence fréquente, mais non pas une consequence inévitable, d'un pareil acte; de même il faut bien admettre que, avec beaucoup d'habilité, de circonspection et dans de circonstances favorables, il est possible de pratiquer le cours forcé, si ce n'est sans peril, du moins sans serieux prejudice.

(5) Villey, *Principes d'Economie politique*, pág. 517; París, 1894.

(6) *Estudios económicos*, pág. 52; Valparaiso, 1893.

(7) *Estudios económicos*, publicados en Lima, 1901.

Se comprende que el autor hable de desastres, pues llegó á cotizarse el papel moneda al tres mil por ciento en relación al oro.

(8) Buenos Aires, 1880.

(9) *Historia de los Bancos Modernos,* por Sixto J. Quesada; tomo I, página 17; Buenos Aires 1901.

(10) Libro publicado en Buenos Aires, 1888, y dedicado á Mr. Georges de Laveleye. Algunos de los artículos que contiene este libro ofrecen interés de actualidad en el Paraguay.

(11) *Une revolution en Economie politique:* exposè des doctrines de M. Macleod par Henri Richelot: París. 1863.

(12) Gide, Tratado de Economia política, en mi traducción páginas 165 y siguientes.

(13) Merece conocerse la explicación dada por Aristóteles respecto al origen de la moneda en su inmortal libro « Política » Dice asi:

« La necesidad introdujo la moneda. Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que, útil por sí misma, fuera

fácilmente manejable en los usos de la vida. Tal fué el hierro, la plata ó cualquiera otra sustancia en la que primeramente se determinaron el peso y las dimensiones, y posteriormente, para librarse de la molestia de las continuas medidas se marcó con un sello particular el signo de un valor. Pero en si misma la moneda no es más que una frivolidad, una futilidad; su valor, no depende de la naturaleza, sino de la ley, puesto que un cambio de convención entre los que de ella hacen uso puede depreciarla por completo y hacerla completamente impropia para satisfacer nuestras necesidades. »

También el juriscousulto romano Paulo (*) da una idea bastante clara del origen de la moneda en estos términos:

« El origen de la compra y de la venta se encuentra en la permuta. La moneda era desconocida y no había palabras para designar la *mercancia* y el *precio;* pero cada cual, según las necesidades del momento y las circunstancias, permutaba lo que le era inútil por lo que le era útil, porque acontece con frecuencia que á uno le sobre lo que á otro le falta. Pero, como no siempre sucede ni es fácil que tú poseas precisamente lo que yo deseo tener, y que, recíprocamente, yo pueda ofrecer lo que tú deseas aceptar, se eligió una materia cuyo valor legal y perpétuo obviase á las dificultades de la permuta por la igualdad de la cantidad. Desde entonces ya no se llaman *mercancias* á las dos cosas cambiadas, sino solamente á una y á la otra se la designa con el nombre de *precio.* »

Sin embargo, como dice Germain Garnier, el traductor francés y anotador de la obra de Adam Smith *(Recherches sur le nature* et les causes *de la Richesse des Nations,* París, 1881, Tomo I, página 27): « La más infructuosa de todas las investigaciones sería la de pretender señalar la época en que la moneda fué empleada por primera vez, pues equivaldría esto á buscar el origen mismo de la civilización. La moneda no es una invención ni un descubrimiento, ni se debe su uso al azar ni al genio; nació naturalmente creada por las necesidades. »

---

(*) Citado por Laveleye, «Compendio de Economía política»; traducción española, página 206.

(14) Tratado de Economía Política, por Olózaga.

(15) En Montevideo, el pueblo ha rechazado en varias ocasiones el papel moneda, cotizándolo desde el primer momento de la emisión á un precio tan bajo que se hacía imposible su aceptación.

(16) Entre los diversos elementos de la circulación monetaria hay que contar: 1° las especies metálicas; 2° la moneda de papel, que comprende las órdenes de pago, cheques, billetes de Banco, vales y pagarés á la orden con todas sus variedades: y 3° las deudas de cualquier clase, balances de los banqueros, deudas inscritas en los libros de los comerciantes y deudas entre particulares (Macleod).

Si no se tuvieran en cuenta todos estos elementos de la circulación monetaria sería inexplicable el fenómeno que resultaría de la comparación entre el numerario circulante y las cifras que arrojaran los balances de los Bancos y de las casas de comercio. En el Paraguay donde sólo hay en circulación unos diez á once millones de pesos papel, tenemos por cierto que si en un día determinado se hiciera el balance de todos los Bancos y casas de comercio aparecería multiplicada enormemente la cifra de los negocios con relación al total de la emisión.

(17) M. Block: Les progrés de la Science economique; tomo 2°, pág. 36.

(18) Comprendiendo el señor Seeber el peligro apuntado en el texto, dice (libro citado, página 278.): « Necesitamos una moneda que se expanda y se contraiga cuando las necesidades lo exijan. No podemos, ni queremos vivir bajo el dominio de los mercados europeos, sufriendo todas sus alternativas, ni queremos que una guerrra de Francia con Alemania, de Rusia con el Austria, de Italia con los abisinios, de los ingleses con los boers ó los afganes, alteren nuestros mercados y nos retiren el metálico. Buscamos, en una palabra, conservar una moneda propia, para independizarnos de la tutela extraña, como los Estados Unidos lo consiguieron con sus *greemwack*, y como lo demuestran Hervey y Berkey.

Finalmente, deseamos que la fórmula del profesor Twells quede también consagrada entre nosotros:

*English money for the English people.*

*American money for the American people.*»

Otro escritor americano, el doctor Serapio Orozco, abogando por un régimen monetario que responda á las conveniencias nacionales y no á las extrañas, dice (*Estudios económicos, políticos y sociales*, Guatemala, 1899):

« Por tales razones, los economistas americanos no cederán un palmo; no son tan cándidos para poner su trabajo, su riqueza y su porvenir, en manos de las contingencias del comercio inglés, que estira y afloja á medida de su conveniencia y que, como los mercaderes chinos, tiene dos pesos y dos medidas.»

([19]) *Tratado de las operaciones de Banca*; página 383,—Paris—1874.

([20]) Las naciones americanas sometidas al régimen del papel moneda son: Brasil República Argentina, Chile, Colombia, Paraguay... habiéndose dado el caso en el Brasil de que el papel hiciera prima sobre el oro.

([21]) Traite theorique et pratique d'Economie politique; tomo 3°, página 16.

([22]) Citado por el Sr. Alejandro Gancedo en su libro «*Despierta, Argentina*»; Buenos Aires, 1901.

([23]) En el Paraguay, el régimen actual del papel moneda, iniciado en 1890, se debió á la misma causa. Existían en esa fecha tres Bancos, el Nacional, el del Comercio y del Banco del Paraguay y Rio del Plata, con facultad de emitir billetes convertibles; y al desaparecer el encaje metálico de ellos, el Gobierno decretó el régimen de inconversión que, por cierto, se anunció para poco tiempo, y ha continuado hasta el día.

([24]) En la última emisión de papel moneda del Paraguay se ha puesto esta fórmula: «La Nación reconoce este billete por un peso fuerte, que pagará conforme á la ley de 18 de Noviembre de 1899».

Los billetes emitidos por el Estado en el Brasil dicen «En el Tesoro federal se pagará al portador la suma de...., valor recibido.» Y en la Argentina los billetes dicen que « La Nación pagará á la vista y al portador un peso moneda nacional».

La emisión con la fórmula que yo propongo no se presta á los equivocos de esas otras fórmulas.

([26]) Llamo medios artificiales á las operaciones de oro hechas á cuenta del capital nacional y no de las rentas ó productos nacionales, como por ejemplo, en el Paraguay la venta del ferrocarril que era del Estado á capitalistas extranjeros, y también la venta de tierras públicas á extranjeros sin obligarles á nacionalizarse económicamente.

Los empréstitos para sostener el régimen de conversión serían igualmente un medio artificial y muy costoso; lo cual no obsta á que, en determinados momentos puedan convenir, no para mantener la conversión, sino para evitar una excesiva depreciación del papel moneda, motivada por causas accidentales, como por ejemplo, una crisis en los principales productos de exportación, ó una desmedida desconfianza, pues en casos tales se debe consentir en el empleo de un procedimiento que aunque no se repute bueno en circunstancias normales, puede serlo en vista de evitar, mediante él, grandes trastornos ó quebrantos. A mi modo de ver sería necesario en el Paraguay actualmente.

([27]) Productos internacionales son aquellos que tienen colocación segura en el mercado universal. Véase la explicación en el *Nouveau Dictionaire d'Economie politique,* por León Say y J. Challey: Paris; 1892.

([28]) Citado por el Sr. A. Piñero en su traducción del «Compendio de Economia Política», por Leroy Beaulieu; página 304: Buenos Aires, 1890.

([29]) Los dos elementos son igualmente necesarios para la formación de la riqueza; pero esto no quita que para un país sea más importante la abundancia del capital que la del trabajo, por que éste acude siempre que se le remunere bien, ó donde haga falta. El capital es el que manda al trabajo; esto es indiscutible; cuando el capitalista llama al trabajador, éste, desde la más alta gerarquia hasta la más ínfima, rara vez se sustrae á la poderosa influencia de una buena remuneración.

La superioridad de Inglaterra sobre España en la tan decantada cuestión de la colonización consiste en que Inglaterra coloniza con sus capitales, y España con sus hombres. Inglaterra hace trabajar á los hijos de las colonias, á quienes gobierna con sus capitales,

enviando sólo los hombres necesarios para el manejo de los negocios, dirección y administración de las empresas, mientras que España enviaba sus hombres sin capitales; éstos eran extranjeros, y sóló á fuerza de habilidad y laboriosidad en el comercio, (en otros ramos no entro), se levantaban fortunas por los metropolitanos.

En estos países sudamericanos, sin ser colonias en el sentido político, se ha visto lo mismo. El comercio inglés y el aleman dominan en la Argentina, en el Uruguay, Chile, etc, por el capital. En cambio Italia y España mandan hombres Los dos elementos son necesarios, repito, pero para que vengan hombres, previamente tiene que contarse con capital.

(30) En aclaración de lo que indico, leáse el apreciable libro del Dr. Gonzalo Ramirez, «La tasa del impuesto en la República Argentina», Montevideo, 1901.

(31) *La Théorie du commerce international*, por C. F. Bastable; traducción de Sauvaire—Jourdan; París, 1900.

(32) *Principii di Economia Pura*, por Maffeo Pantaleoni; segunda edición; Firenze; 1894.

(33) Artículos publicados con el título «*Questao financeira*» en 1892.

(35) *Economia Política*, traducción de La España Moderna, página 224.

(35) La del Ministro de Hacienda, Sr. Urdapilleta, que al proponer á las cámaras legislativas el aumento de la emisión de diez millones á quince millones de pesos, indicaba que la principal parte del aumento se destinaría al Banco Agrícola del Paraguay para fomentar la producción; proyecto que se convirtió en ley, pero que no se llevó á la práctica, porque su autor salió del Ministerio y el sucesor estimó preferible proceder á la rebaja del medio circulante por medio de la quema, en virtud de la alta cotización que tenía el oro en relación al papel moneda, (850 %); pero el resultado al cabo de un año de seguir el procedimiento fué, que el oro en vez de cotizarse á menor precio, subió, (al 900 %) habiéndose quemado un $11\ ^{25}/_{100}$ del medio circulante; lo cual prueba una vez más que la cuestión del papel moneda no es tan

simple como la presentan aquellos que la hacen consistir únicamente en la cantidad emitida, y creen que la salvación única está en reducirla á su más mínima expresión.

La cantidad es ciertamente un factor que se debe tener en cuenta; pero tanto se peca por exceso como por defecto. Esto parece incomprensible cuando sólo se tiene en cuenta para el valor la cantidad, pero á más de este elemento, en el valor entra también la necesidad, de suerte que en el cambio del papel sobre el oro, para que el papel se valorice no basta que su cantidad se reduzca, si la necesidad del oro no disminuye ó se achica. Y precisamente la reducción de la cantidad de papel, impidiendo el desarrollo de la producción puede contribuir á que el déficit en los pagos internacionales resulte mayor, y por consiguiente, á que aumente la necesidad del oro.

Cuando se habla, pues, de la cantidad como elemento integrante del valor, se sobreentiende que los demás elementos permanecen iguales, ó sea, en igualdad de las demás condiciones. Así queda resuelta, á mi juicio, la aparente paradoja de que puede disminuir la cantidad de papel moneda en circulación, y sin embargo, aumentar su depreciación en relación al oro. El secreto está en que con el papel se puede aumentar la producción nacional.

En el libro que antes he citado, dice el señor Seeber:

«Consultado hace poco por el señor Presidente de la República, por qué razones subía tanto el oro, contesté que era muy difícil precisar las razones, que eran múltiples, conocidas las unas, desconocidas é incomprensibles las más.

«Entre las primeras podría sin embargo manifestar tres: la primera, la escasez de papel; la segunda, el empeño de hacerlo bajar; la tercera, que el papel, aquí como en todas partes, era manejado por los metalistas.»

«Pasaré á explicar estas tres herejías papelistas, como más de uno ha de clasificarlas.»

Y luego, con cifras, demuestra el señor Seeber que no ha habido relación entre la cantidad de papel y la depreciación de éste.

Como el asunto entraña importancia grandísima, voy á repro-

ducir también las opiniones de los escritores ya mencionados, señores Hansen y Quesada.

Dice el señor Hansen:

«¿Qué influencia tiene el *volumen* de la emisión en su valor, dentro de ciertos límites? Nadie podría decirlo. Hemos tenido el caso práctico del oro á cuatrocientos treinta por ciento en 1894, con exactamente la misma cantidad de emisión que en 1899, cuando bajó á 203, es decir, había duplicado su valor, siendo su cantidad exactamente la misma.»

Y el señor Quesada dice:

«¿Se crée acaso que en nuestro país la cantidad del billete en circulación gradúa ó fija el valor del oro? Error. ¿A cuanto ascendía la circulación el año 91 y á cuanto llega hoy? Entonces y hoy teníamos 295.000.000 de emisión, es decir, la misma cantidad de billete, y si la cantidad de papel moneda circulante fijara el valor del oro, éste no debía haber descendido del precio que tuvo entonces, es decir, de 450 %.

«No obstante esto, el precio del oro fluctúa hoy alrededor de 230 %, lo que viene á evidenciar que no es la cantidad del papel moneda la que fija su valor.»

«El precio del oro lo fija la producción del país.

«Si ésta es abundante. . . .»

([36]) Otras bases podría adoptarse, tales como la renta anual líquida del país; la suma que representan los valores de la exportación, la población, etc; pero la más científica por sus fundamentos es la que señalo en el texto.

([37]) Esa institución de crédito existe aquí con la denominación de «Banco Agrícola del Paraguay,» institución que marcha perfectamente y que sólo requiere para que los servicios que presta sean completos, un aumento del capital, y la autorización para rebajar la tasa del interés y para crear sucursales en los principales Departamentos á fin de evitar á los campesinos la venida á la capital, con las pérdidas de dinero y de tiempo que esto lleva en sí.

([38]) Para que se vea la importancia que en Europa se concede á la construcción de caminos, como modo eficaz de protejer la

producción nacional citaré el caso reciente del mensaje elevado por el minisiro de obras públicas á las cámaras legislativas, pidiendo seiscientos millones de francos en cinco años para mejorar los caminos y los puentes.

Hágase en el Paraguay el cálculo de los gastos que representa el transporte de los principales productos nacionales, maderas, yerba, naranjas, etc., y se comprenderá que el capital que se invierta en dar facilidades al transporte será de los más lucrativos para la economía de la nación.

([39]) Por las vacilaciones, ó mejor dicho, por falta de un rumbo definido en la dirección financiera, se suele juzgar al Paraguay como un país de finanzas averiadas, cuando, en realidad, su situación puede ser excelente.

Quisiera entrar en el terreno de la estadística comparada para demostrar que, á pesar de todos los errores cometidos, es el Paraguay uno de los países que *proporcionalmente á sus condiciones económicas,* ha menos abusado de sus recursos naturales y de su crédito. Lo que hay, en verdad, es que no se ha sabido hacer uso de unos ni de otro.

Sostengo, en primer término, que el Paraguay es uno de los países en que menos impuestos existen, en cantidad y calidad.

La entrada fiscal de mayor importancia es la que grava á la importación.

El impuesto sobre la exportación no pesa más que sobre dos artículos, la yerba-mate y los cueros vacunos, artículos que perfectamente admiten el impuesto, el cual, á más, no es exorbitante.

Los diez kilogramos de yerba, cuyo valor actualmente es de un peso cincuenta centavos oro, pagan quince centavos oro, y los cueros vacunos cuyo valor aproximadamente es de cuatro pesos oro cada uno, pagan cuarenta y cinco centavos oro.

Por no citar más que un solo caso de comparación diré que, según un informe de la Oficina de Estadística elevado al Ministerio de Agricultura, en la República Argentina, *resulta que el Fisco absorbe* en aquel país, *el 27:17 del producido neto del trigo»!*

En el Paraguay, la contribución territorial sobre una superficie de 300 á 350.000 kilometros cuadrados, con edificaciones urbanas

é industriales cuyo valor no ha de bajar de doscientos millones de pesos produce al Fisco la irrisoria suma de 350.000 pesos papel según el cálculo del último presupuesto presentado á las cámaras.

La ganadería que constituye lá forma más importante del capital nacional no está gravada en absoluto, constando á todo el mundo que hay sociedades é individuos que obtienen de rendimiento anual cientos de miles de pesos.

A título de impuestos internos se exigen estampillas y papel sellado para determínadas operaciones, y con las patentes industriales, bastante mal distribuidas. porque no responden al capital ni á las utilidades, se acabó el cuadro de los impuestos en el Paraguay, fuera de algunos otros pequeñísimos, realmente insignificantes, que casí valiéra más que desapareciesen por lo que estorban y lo poco ó nada que rinden.

No hay, pues, en el Paraguay estancos, ni monopolios, ni privilegios especiales como forma de tributación á favor del Estado, sino todo lo contrario, protección oficial para saladeros, ingenios de azúcar, fábricas de extracto de quebracho, molinos etc, etc.

En cambio, por consecuencia de esa falta de impuestos, aunque esto parezca paradógico y hasta contradictorio con las ideas expuestas, si no se sabe leer, tenemos el peor de los impuestos, el de la depreciación indefinida del papel moneda, con todo su cortejo de inseguridad en las transaciones, alzas violentas en los precios de artículos de consumo díario, etc.

Hé ahí el punto negro de la situación financiera del Parguay, las fluctuaciones en el valor del papel moneda con tendencia constante á su mayor despreciacion; punto tanto más negro cuanto menos justificado, no por culpa voluntaria de nadie, sino por no utiiizar los recursos que el país ofrece.

El medio es bien sencillo. . Una mejor distribución de los impuestos para que las entradas fiscales tengan el aumento que corresponde á la verdadera capacidad contributiva del país; aplicación parcial del aumento de las entradas fiscales á operaciones de crédito á oro para el exclusivo objeto de contener las alteraciones bruscas del valor del papel moneda determinadas por los pagos

internacionales, y aumento de la emisión de papel moneda para préstamos á interés módico y destinados exclusivamente á la producción.

Puedo justificar plenamente que lo que propongo es conveniente y fácil de realizar; pero por el momento sólo indicaré como datos muy interesantes para los extranjeros que lean este trabajo los siguientes:

1° Que el Paraguay es quizás el único ejemplar de país civilizado que no tiene deuda pública interna, pues no merece este nombre la que existe con el título de «Bonos», cuya cantidad apenas representa unos seiscientos mil pesos papel, de los que la mayor parte está en poder de instituciones del Estado, teniendo éste en cambio un capital de tres millones de pesos en su Banco propio, el Banco Agrícola del Paraguay:

2° Que la deuda externa (exceptuando la de la guerra, de la que es de creer no habrá que hablar), es de unos cinco millones de pesos oro, cuyo servicio no exige más que un 10 °/₀ aproximadamente del total del presupuesto, cifra pequeñísima que puede ser satisfecha puntualmente. Compárese esta cifra con las de otros países y se apreciará la diferencia á favor del Paraguay:

3° Que á pesar del pesimismo abrumador que domina en los juicios que se emiten respecto á las finanzas del Paraguay todos los representantes de las casas comerciales de Montevideo y Buenos Aires declaran que el comercio paraguayo cumple con sus compromisos cual ninguno otro, siendo esta plaza una de las preferidas para las ventas, dentro naturalmente de la relatividad de sus condiciones, y

4° Que la riqueza nacional tiene que ir creciendo en progresión geométrica, de suerte que los progresos realizados desde el año 1870, en que se inicia la segunda vida del Paraguay, resultarán más que decuplicados en los treinta años siguientes.

La potencia económica del Paraguay dará muchas sorpresas á los que no la sigan de cerca, y no hayan sabido apreciarla en los momentos actuales.

([40]) *Humano, demasiado humano,* Madrid. 1901.

Se ruega á los escritores americanos tengan á bien remitir á la Universidad Nacional del Paraguay un ejemplar de sus trabajos sobre cuestiones económicas, para que podamos dar cuenta crítica de las obras americanas de esta clase.

# ESTUDIO SOBRE LA "ATLÁNTIDA"

DEL

## Dr. DIÓGENES DECOUD

POR

**MANUEL DOMINGUEZ**

## I

*Críticas favorables—La 1ª disertación—Trasunta á Pelletan—El autóctono americano—Retrato del trogeodita—El maiz—Etnología—La etimología de Tupan, Caribe, Payaguá. Ejemplos que prueban el desatinar de los filólogos americanos.*

El Dr. Diógenes Decoud, médico acreditado, produjo un libro—*La Atlántida*—que causó algun ruido, hace quince años. Críticas autorizadas, la del general Don Bartolomé Mitre, la del Dr. Sienrra Carranza, le fueron entonces favorables.

Una segunda edición acaba de ponerse á la venta, con lijeras correcciones y con este motivo, quiero examinar algunos capítulos del libro. Iré á escape, en lo posible, y para prólogo, basta.

---

*La Atlántida* es la América y el libro es una disertación ó son catorce disertaciones sobre historia americana.

Herder compuso, el primero, una historía ó filosofía de la historia en que figura, á guisa de prefación, un estudio cosmológico, ejemplo seguido despues por algunos, y así comienza *La Atlántida*: rueda el astro de fuego, rodeado de la niebla incandescente, adquiere forma, se enfría poco á poco y cae sobre él un diluvio espontable—cataclismo fenomenal y el trastorno consiguiente; el sol derrama su lumbre sobre el astro lacerado y tembloroso, brota la vida con la luz, se mueven peces, crustáceos y reptiles, caballos y macacos de forma inverosímil, y estos animales desaparecen raidos de la faz de la tierra.

Este cuadro de la vida estelar y geológica está en

parte, en la parte no acribillada de términos científicos, lindamente trazado en *La Atlántida*, pero nadie duda que el autor trasunta casi punto por punto al armonioso Pelletan en su conocidísima *Profesión de fé del siglo XIX*.

En seguida surge el autóctono americano. ¿De dónde salió ó cómo se formó? Es negocio que aun está por ver, pero *La Atlántida* aclara el misterio profundo. Pongo sus palabras: «El hombre americano ha surgido del suelo fecundo de la tierra», modo de crear hombres que ni es el darwinismo. Unos (Haekel, Wallace, Darwin) afirman que la patria del hombre primitivo es el Asia ó el Africa ó un continente sumerjido. Otros (Wagner, etc.) quieren que esa patria sea la Europa glacial. El Dr. Decoud suscribe á la creencia de que del suelo americano brotaron sus primeros pobladores, por generación expontánea, como los ratones de Van Helmont.

No dice el escritor á cuál familia indígena tiene por autóctona. Unos (Magalhaes) han dado en creer que lo fuera el mbayá, otros (Lista) que el guayaquí del Paraguay, otros que los botocudos del Brasil, donde se vé que no faltan opiniones. El autor no refrenda ninguna de ellas y, en su último prólogo, ademas, parece dudar de su curioso poligenismo.

La 2ª disertación es un cuadro breve de las sociedades bárbaras en que la teogonía indígena ocupa el rango que merece, tema que ha cautivado á escritores de talento. Dicha disertación no revela un estudio macizo, pero hay allí triunfantes pinceladas y un buen retrato del troglodita, nuestro ilustre antepasado: parece que se vé el primer trabajo interior del pensamiento, dentro del cráneo rudo, oscilando en el cerebro estúpido.

Hechicera sería, sin la terminología cientifica, la página en que trata del maiz, grano *que se convierte en sangre*, dijo Cieza de Leon sin ser fisiólogo. El

autor de *La Atlántida* sabe que el maiz, suplió al trigo en América, que salvó quizá al indígena; sabe, por Buckle, supongo, que la calidad del alimento, con otras causas externas, caracteriza á las agrupaciones humanas, y se encariña en su descripción. La agonía de la hermosa planta, de «dorado grano», la pinta de esta hermosa manera: «Las hojas en las que el rocío ya no penetra, se descoloran y caen en tristeza, la raíz se seca y la planta muere, dejando fecundado con su detritus el suelo árido en que ha crecido».

En la ETNOLOGÍA desfilan las tribus bárbaras, tristes unas, alborotadas otras, con sus costumbres, sus creencias, sus leyendas, revista que comienza con los esquimales y acaba con los fueguinos para seguir con los adoradores del *Intí*, el *sol*.

En el caso del autor yo formaría un libro aparte de dicho estudio; le completaría con los trabajos modernos y los antiguos últimamente publicados; le daría precisión científica; suprimiría lo que por ser cualidad de todos los salvajes no puede serlo de una tribu ó familia determinada; trazaría un mapita etnográfico, y estaría seguro de haber escrito un librito que se leería con gusto hasta en la Europa sábia.

Y por si el doctor Decoud acepta mi consejo, señalo los siguientes errores y omisiones.

(Pág. 66) Acepta la etimología de *Tupan*, el Dios guaraní, dada por Montoya. *Tupan* no quiere decir *oh! quién eres tú?* como supone Montoya y como consigna *La Atlántida*.

(Pág. 69) *Caribe* no quiere decir *guerrero*, error en que está el doctor Decoud, porque aquella palabra es corrupción de *caraiba* que vale *señor*, *gefe*, punto bien discutido en libros que conviene leer.

(Pág. id) El autor trata de los tupíes y de los guaraníes, citando de paso á los tupinambás, pero calla lo mejor con no decir que eran antropófagos, costumbre

perversa que imprime carácter. Los chiriguanás por obedecer *á la voz de la sangre* celebraban también sus banquetes de carne humana. El autor á quien comento olvidó aquí lo principal por lo accesorio.

(Pág. 75) *Payaguaes* no significa *descendientes de las aguas* como dá en estampar el doctor Decoud en su *Atlántida*.

No es fácil dar con el sentido etimológico de las voces indígenas y he de poner tres ejemplos que muestran lo que digo:

Ciertos filólogos rastrean lo que significa *Tupán*.

*Tupán* es *trueno* (Lery), pero trueno en guaraní es *ara-sunú*, Entonces, dice otro, *Tupán* es *rayo* (Magalhaes), pero yo sé que, rayo es *ara-tirí*. O *Tupán* es *excelencias terrifica* (Laet, Vasconcellos, Varnhagen, Denis, etc.) Pero el más estrafalario es Montoya cuya opinión se ha visto: la funda en una etimología hebráica! Lo que no impedirá que la cite por buena un Valera en una de sus *Nuevas cartas americanas* ni que la adopte el paraguayo doctor Decoud.

Otro caso concreto. Irrita la curiosidad el significado de la palabra *Tupí* y desfilan las opiniones:

*Tupí* es contracción de *Tupinambá* (Barbosa Rodriguez).

*Tupí* vale *tío*, *compañero* (Gay).

*Tupí* significa *aquel de quien descendemos*, contesta un tercero (Varnhagen) quien dice haber profundizado el asunto.

Pero Barco de Centenera había dicho que *Tupí* era ¡un español de Estremadura!

¿Qué quiere decir *guaraní*? Muy sencillo—quiere decir *guerrero* (Montoya) ó, mas sencillo todavía, todo lo contrario, *el que no es guerrero* (Barbosa Rodriguez) ó no significa una ni otra cosa porque *guaraní* es *hombre pintado* (Angelis).

Es provechoso el oponer estos antojos de la filología americana por que enseña á tener juicio.

Vuelvo á los *Payaguaes*. No cultivaban maiz como dá á entender *La Atlántida* ni se han extinguido todavía. Sus creencias religiosas se leen en *El Viaje Pintoresco á las dos Américas* por D'Orbigny y Eyries, que parece no conocer el Dr. Decoud. Convendría decir que *Payaguaes* eran los *Agaces*, célebres en otro tiempo, y que se conquistaron la triste fama de traidores.

## II

*No hay indios «Albayas» — El guaycurú: error y omisiones — El chaná: omisiones — El jaraye: omisiones — El guato — El guasarapó: error — Querandíes: confusión — Los fueguinos: error y omisiones — El patagon: error — Indios olvidados — Los yuracares — Los zamucos — La etnología de «La Atlántida» no tiene base científica.*

(Pág.76.) Se nombra aquí entre los indios que vivian en el Chaco á los *albayás* que no los hubo ni los hay pero sí hubo y hay todavía algunos *mbayas* en Matto Grosso. La palabra *mbayá* mal compuesta por algun tipógrafo (lo probó Don Manuel Gondra) es el orígen de los *albayás* citados en el libro de Azara: de allí nacen los *albayás* del Dr. Decoud, donde se vé la fecundidad de los errores de imprenta.

(Pág. id) El Dr. Decoud tiene al *guaycurú* por cosa distinta del *mbayá* sin sospechar que el guaycurú de de D' Orbigny y Martius es el mbayá y que el guaycurú de Lozano, Azara y Aguirre es el toba, asuntos en que instruyen Boggiani y el juicioso Francisco del Prado en su Historia de los Indios Cavalheiros de la nación guaycurú publicada en la Revista del Instituto Histórico del Brasil.

Y el doctor Decoud debiera decir que el mbayá pertenece á la raza pampeana, que la mujer goza ó que gozaba del raro privilegio de libertad al cautivo con su mirada, que también tiene creencias religiosas como todo el mundo adorando en las Cabrillas y en Mercurio, religión en que los héroes se pasean por las estrellas, cosas que nuestro autor podrá idealizar y que encontrará al por menor en la citada obra de D'Orbigny, igual que en el bien escrito libro de Ferdinand Denis, intitulado *El Brasil*. Y concluirá declarando que los pocos mbayás sobrevivientes, pocos porque las madres matan á sus hijos, conservan la ingénita fiereza de sus antepasados de quienes ya Irala decía que formaban «nación la mas valiente». Y nos dirá que solo entre dichos indios se encuentran eunucos, los *cudinas* que tanto asombro han causado á los autores.

(Pág. id) Del *chané* ó mejor *chaná* escribe lo que sigue en esta página: «ocupaba gran parte de su tiempo en resistir el ataque de los hormigones, los grillos y los murciélagos», ni una palabra mas ni una menos, de que se sacaría por consecuencia que al chaná no le restaba tiempo para tener costumbre, religión ni lengua, ocupado como andaba en matar sabandijas. El Dr. Decoud averiguará con Alcedo (Dicc.) que la plaga de hormigas era la pesadilla del jaraye y no del chaná.

(Pág. id) Y del *Jaraye* consigna, por único informe, que vivia en las orillas de un célebre lago, pero aquella tribu formaba poblaciones de á 6000 casas, (Lozano) era muy inteligente, superior á los indios vecinos, ó «la nación de mas policía y razon de cuantas se han descubierto», por decirlo con palabras de Ruiz Diaz; tenía creencias religiosas que han llamado la atención de un Muratori, y sujetos así están en el derecho de reclamar un lugar honroso en un cuadro de etnología americana.

(Pág. id) Tampoco el *guato* tiene costumbre en *La Atlántida* ni lugar geográfico, pero es fuerza que el Dr. Decoud nos diga dónde se encontraba ó se encuentra esa tribu de quien hallará informes copiosos en la riquísima etnografía brasileña.

Y los que «vivían una cuarta parte del año en sus canoas», cosa que se lee en el libro, no eran los *guarapayos* sino los guasarapós, bien descriptos por Alvar Núñez Cabeza de Vaca en quien se aprende dónde estaban igual que en Herrera (*Década* VII, libro VII, cap. XV).

(Pág. 77) El autor confunde los *querandies* con los pampas, por seguir á Azara, opinión desbaratada por estudios modernísimos. La crítica ha despedazado á Azara y tan despedazado le ha dejado que, entre los entendidos, es de mal agüero tomarle por guía así en etnología como en historia.

(Pág. 79) No sólo los *pecherai* componen los fueguinos, y su religión y sus costumbres, se han estudiado en los últimos años por etnólogos de cuenta, cuyas obras debe leer el Dr. Decoud y así no dirá que su «dialecto apenas podía expresar sus mayores necesidades», pues que el *yagan* ó el fueguino propiamente dicho, habla un idioma rico que tiene más de 30,000 voces sonoras, hecho curioso por todo extremo en que se ha fundado la creencia de que pertenece á una raza degenerada, según se lee en el *Dicc. Enciclop. Hisp. Americ.* Ni en una tercera edición presentará al *ona* manso y risueño con la pintura negra del *pecherai*. Y su sencilla, pero linda religión, en que figuran la exhalación errante, y el arco-iris, y el lucero, y el mar mugiente y un angel hermoso que se columpia en las nubes, dará á la pluma del Dr. Decoud asunto para bordar un *ñandutí* flotante.

(Pág. 78, volviendo atrás) Es incierto que el *patagón* no inclinara la cerviz ante ninguna divinidad. El sol,

la Via Láctea, el volcán, el témpano, la tempestad, eran objetos de su culto. El Dios del hombre civilizado «no está en la tormenta», pero en la tormenta está el Dios de los salvages. En el patagón como en toda gente que no sabe física, ponían miedo la tempestad, el trueno, la llanura infinita y desolada, y el indio temblando inclinaba la cerviz ante la personificación de sus propias sensaciones sin saber que en su corazón estaba lo que le asustaba en la tormenta. En uno de los tomos de la «Vuelta al rededor del mundo» puntualiza la religión de los tehuelches quien estuvo cautivo entre ellos, años y años.

En *La Atlántida* brillan por su ausencia los timbues, los caracaraes, los minuanes. los abipones, los mbocovíes, los matacos, los cuales también existieron y algunos existen aún, sin dejar de tener religión, costumbres. lenguas, y también jugaron su papel á su manera, mas que los fueguinos, entrando á veces en escena de modo terrible para la conquista.

Tampoco figuran en «La Atlántida» el bien estudiado guayaná y el guayaquí montaraz, trepador insigne, insectívoro, comedor insaciable del tambú, que duerme en el hueco de los árboles, imágen triste del hombre primitivo, el guayaquí casi irracional, casi menos domesticable que el venado, y que espera á la ciencia etnológica en lo profundo de los bosques del Monday.

Guevara, Dobrizhoffer, Peleschi, Lafone Quevedo, etc., enseñan lo que son mbocovíes, matacos, abipones, etc.

Un librito de Rengger, poco conocido, también es útil leer en orden á los indios del Paraguay. Los orejones que poblaban la isla encantada del «Paraiso» también merecen algunas líneas.

(Pág. 72) No hay que dar demasiada importancia á los nombres de las deidades indígenas, pero noto, de paso, que el Dr. Decoud por haber citado al génio

malo de los «yuracares», «Mororoma», no debió callar al bueno, «Tautoco», que salvó al mundo de un gran incendio. (Tadeo Haenke: Descripción de las montañas que habitan los indios yuracares.)

Y ya que cita á los yuracares metidos en el confín de Cochabamba ¿por qué no menciona á los zamucos, los actuales chamacocos, no menos ínteligentes y más numerosos?

El Padre Patricio Fernández, reñiría al autor de »La Atlántida» por haber olvidado á sus zamucos.

Es censurable, aparte de estas omisiones, su insistencia sistemática en las leyendas indígenas, pueriles las más. Debió limitarse á un resúmen breve de su teogonía, sin sacrificar á las leyendas las costumbres.

En vano se buscará en «La Atlántida» un ensayo de clasificación de las tribus salvajes, un calco, á lo menos, de D'Orbigny ni una ligera idea de lo que son los idiomas americanos, estudio, el último, en que, desde Hervas acá, han trabajado hombres de ingénio y de talento.

Es decir que á la «Etnología Americana» del doctor Decoud, le falta lo esencial, una base científica.

## III

*Resúmen de los descubrimientos que inicia Colon—El plazo de los tres dias—El nombre de América—Faltan el descubrimiento del Paraguay y el viaje de Gaboto al Paraná—Alvar Núñez: errores—La gloria de Colon—La Conquista y el Coloniaje—Suplicio de Atahualpa: error garrafal—La VII disertación: injusticia.*

La 5ª disert. es un breve resumen de los descubrimientos que inicia Colon de quien afirma que cuando en su 1er. viaje se amotinó la gente, pidió un plazo de tres dias para volver á Europa, dato consignado por Oviedo

y repetido por Robertson; pero quien ha leido una nota de Washington Irving en su *Vida y Viajes de Cristobal Colón* sabe que eso del plazo de los tres días es un cuento inverosímil de que ya no se hace caso por inverosímil y por cuento. De leyendas asi no se hará eco un Barros Arana, por ejemplo.

Quiere el Dr. Decoud que la América se nombre Atlántida, por una razon bien pueril: «por ser bañada y acariciada en el prolongado ámbito de sus costas por el gran oceano Atlántico», con el cual modo de ver la Europa y el Africa reclamarían idéntico derecho por idéntico fundamento, y tendríamos no una sino tres Atlántidas (1).

En las páginas en que résume los descubrimientos salta á la vista la falta de equilibrio entre las partes. Es particularísimo que en el cuadro ese no figuren el descubrimiento del Paraguay ni la expedición de Gaboto al Paraná, ¿Puede imaginarse una historia de América en que no se hable de Gaboto explorando el Paraná? ¿Podría citarse algun resúmen, el peor que fuese, donde no se cuente que el Rio Paraná fué alguna vez explorado por un navegante llamado Sebastian Gaboto?

En cambio, cuenta *La Atlántida* que Alvar Nuñez Cabeza de Vaca «desembarcó en Santa Catalina y de allí con *setecientos hombres* (2) cruzó las selvas y llegó á la Asunción realizando un viaje *tortuoso* de mas de *1000* leguas, tan dificil, que *no se ha vuelto á verificar*», párrafo corto en extensión, pero largo en errar, pues Alvar Nuñez no emprendió su jornada con 700 hombres sino con 260 (V. sus *Comentarios*) ni su viaje fué tortuoso (V. el trazado del viaje en el

---

(1) Y se diría que el nuevo mundo ha de llamarse tambien *Pacífica* pues le baña tambien el Oceano Pacífico.

(2) Acabo de ver que en la 2ª edición disminuyó esta cifra: los otros errores quedan intactos.

*Alegato Argentino* por Zeballos sobre la cuestión Misiones) ni caminó mas de 1000 leguas sino menos de 400 ni es cierto que no se hubiese vuelto á verificar esa travesía: cien conquistadores animosos en cien veces la repitieron.

Y según el Dr. Decoud, Colon no es grande por haber descubierto la América, caminando al Asia sino por su perseverancia, de manera que si la América no hubiese existido, la gloria del genovés sería la misma porque su perseverancia sería igual. En esta manera de mirar se olvida que en lo que se llama gloria humana entra por algo ó por mucho la fortuna.

La 6ª disertación trata de la Conquista y el Coloniaje. La misma anterior falta de equilibrio. Quien escribe en el Plata y para los platenses, siquiera por razones de cortesía, debía de dedicar media página ó un parrafito, al menos, á la ruidosa expedición de don Pedro de Mendoza. Ayolas, Irala, Chaves son tan héroes como los mejores de aquel siglo heróico. «La Atlántida» que desdeña el descubrimiento del Paraguay y el viaje de Gaboto al Paraná, desdeña también la hermosa historia, llena de trájicos episodios, de la conquista del Plata.

Y atención, mucha atención: Leo en la «Atlántida» el suplicio de Atahualpa: «se le sujetó al madero, donde las llamas le arrancaron el último suspiro». Y un poco adelante: las cualidades de Pizarro «se eclipsan ante esa nube que surgió de la hoguera de Atahualpa».

Decididamente el autor cree que Atahualpa fué quemado; así lo creía hace quince años, así lo cree todavía. Pero sospecho que ningún estudiante listo ha de tener la creencia del doctor Decoud.

Entre los autores por él consultados cita á Robertson, Garcilaso de la Vega, Prescott, y éstos con Herrera y Oviedo, unánimemente declaran que Atahualpa se bautizó á condición de no ser quemado.

Aquí están las palabras de Xerez, secretario de Pizarro: «bautizóle Valverde..... el gobernador mandó que no le quemasen, sino que le ahogasen atado á un palo..... y así fué hecho....» Xerez vió morir al Inca en Cajamarca y escribió la 1ª narración de la conquista, en prosa y verso. (Xerez: Conquista del Perú).

El último de los Incas acabó estrangulado ó ahogado. El fuego le amedrentó porque en su creencia quemado el cuerpo no resucitaría en el reino de oro de su dios, el sol; se asustó ante la idea de morir para siempre y recibió el agua del bautismo.

Conste que el doctor Decoud ha quemado á Atahualpa, por su cuenta, crueldad extraña en un escritor enemigo de la Inquisición.

La disertación VII se titula «La influencia religiosa» y muestra bien lo ligero de su criterio. Mira las cosas por un lado, siempre por un lado, por el peor como todo pesimista.

Condena al clero en tono acre, condena la conquista espiritual, condena el coloniaje, condena todo. No distingue hombres, lugares, épocas ni circunstancias. Todos los misioneros son frailes ignorantes y beatos maldicientes.

Yo también soy liberal, pero sin dejar de serlo, puedo decir que es injusto presentar á todos los misioneros como galeotos é ignorantes. ¿Por qué entre ellos no habría sabios y santos? Y si hicieron algún mal ¿no harían algún bien? La misma orden de Jesús como toda humana institución ¿no se levantaría por alguna virtud secreta para caer cuando el vicio la minó? «La verdad está en el matiz», no está en los juicios absolutos y no conviene ser intolerante al condenar la intolerancia.

El catolicismo no civilizó, según el libro que analizo, pero, cuando menos, ¿no «enseñó á los salvajes que no se comieran los unos á los otros?»

La historia no es libelo. No olvideis á Teopompo, dice Luciano, que mas parece un acusador que un autor de historia.

## IV

### El despotismo de Francia

*Falta de perspectiva—Omisiones incalificables—El calor y su influencia en el Paraguay—El autor es injusto con su patria —El Dr. Francia hipocondriaco—No hay originalidad en esta creencia—Otra enfermedad del Dictador.*

La VIII disertación trata del Paraguay en un discurso en que noto lo propio que antes, su falta á las leyes de la perspectiva histórica, lo que he dado en llamar falta de equilibrio. falta que consiste en callar lo principal por lo accesorio. Este estudio es como un cuadro que quiere representar una puesta de sol, pero en donde el pintor por complacerse en detalles que desprecia el arte. se olvidó del sol, del horizonte y del celaje. Así la Revolución de los Comuneros no le merece atención, ni el Cabildo revolucionario en lucha perpétua con jesuitas y gobernadores, ni el decreto de expulsión de la compañia, lanzado por aquel glorioso Cabildo antes que en Europa. Cree que el Paraguay era la Provincia más sumisa de la Colonia cuando segun la memoria de los Virreyes (la de Castel Fuerte, por ejemp.) era la mas revoltosa del continente.

Fija toda su atención sobre la dictadura del Dr. Francia sin decir casi nada de la Junta Gubernativa, sin decir absolutamente nada de la batalla de Paraguarí, del tratado del 12 de Octubre, de la misión de Herrera, ni de las misiones brasileñas, ni de la supresión del Cabildo, del Colegio Carolino, del Tribunal de Comercio y de la Inquisición.

Nadie con leerle formará idea, siquiera vaga ó remota de la administración del Dictador, de la muerte civil decretada en 1814 contra los españoles, de la destrucción de la ganadería, de la Tienda del Estado, ni nadie sabría que el Dictador se declaró gefe de la Iglesia ni que Bolivar le escribió una carta. ¿Puede escribirse una monografía sobre el despotismo de Francia en que se prescinda de todo lo espresado? Corre un textito de historia del Paraguay con el nombre de Gamba y Teran y dicho textito en las nueve fojas que dedica á la Dictadura, en menos de la tercera parte de la disertación VIII de *La Atlántida*, espresa cuanto omite el Dr. Decoud.

Pero en cambio de esas omisiones *La Atlántida*, cuenta que el Dr. Francia tenía un barbero que le servía de bufon y un perro llamado *Sultan*, cosas más importantes ciertamente que las misiones diplomáticas y que los tratados internacionales y que la carta de Bolívar.

Calla lo necesario, lo que dá relieve, aquello de que no se debe prescindir y se fija en detalles sin importancia, pero todavía los adultera, segun lo probaré.

Comienza por tomar en cuenta la acción del calor: «consume al europeo», «languidece el espíritu», «el cuerpo queda extenuado», «la vida se agota en la indolencia». De darle crédito, el Paraguay tendría un clima abrasador y de fijo que si los europeos leen «La Atlántida» irán á cualquier parte antes que venirse á este país en donde su «vida se agotaría en la indolencia». A causa del calor excesivo, el Paraguay es un pueblo de perezosos, admirablemente dispuestos por su miseria fisiológica para la esclavitud. El calor mata el ánimo como mata la función digestiva.

Entrando en este orden de consideraciones explica muchas cosas, la República Cristiana, el despotismo de Francia, por el medio, la raza y la educación, á lo Taine.

No se puede negar que en el Paraguay hace calor, pero el doctor Decoud exagera el calor como exagera todo. Es poco cuerdo decir que se agota la actividad fisiológica en un país donde, la temperatura media del año oscila entre 22° 02 y 4° 4. (1) «La Atlántida» exagera las consecuencias del calor. «El clima es la raza», dice Ihering, en lo que hay un fondo de verdad, cosa que se repite desde Montesquieu. Pero también me enseña Spencer que «los inconvenientes del extremado calor son menores que los del mucho frio. La historia no confirma la opinión bastante generalizada de que el calor es un obstáculo para el progreso.»

Otro reparo cabría oponer al doctor Decoud y es que el inconveniente de la temperatura en nuestro país se compensa en cierta manera con la excelente condición higrométrica del aire. Nuestro aire es seco. La humedad oscila entre 69 y 15 por ciento y el vapor atmosférico presenta un promedio anual de 13.85, cifras muy inferiores á las de Buenos Aires, y vuelvo á leer en Spencer que «el aire seco favorece la transpiración por la piel y por los pulmones, y activa por consiguiente todas las funciones del cuerpo.» «Los pueblos que viven en atmósfera seca son enérgicos y vigorosos». Parece que el Paraguay ha demostrado alguna energía y algun vigor en la guerra.

Estoy por creer que los efectos del calor son más perniciosos en Buenos Aires que en la Asunción. Los casos de insolación, tan frecuentes allá, por la humedad del aire, se desconocen aquí.

En resúmen: no niego en absoluto la influencia del clima en las razas primitivas, pero sí niego que los efectos del calor en nuestro país sean perniciosos en el grado afirmado por «La Atlántida».

El Dr. Decoud es cruel con el Paraguay: enseña que

---

(1) Observaciones del señor Daniel Anisits.

«seamos severos, implacables» con este pueblo de ilotas enervados por el calor, que es como castigarle á uno por defectos que no dependen de la voluntad porque, segun su propio entender, tienen su raiz en la raza, la educación y el clima.

Es injusto, sobre todo, cuando exagera nuestras malas cualidades sin mencionar las buenas. Aquí tambien exageró el calor y no tuvo presente la sequedad del aire.

Rengger, extrangero, dice lo malo que vió en nuestro país, pero quiere ser justo y añade que somos de dulce índole, generosos, hospitalarios, que la mujer aquí, es trabajadora, buena, inteligente, dócil, que nos distinguimos de todos los otros pueblos de América por un espíritu de unión que convierte á toda la nación en una sola familia, cualidades que contrapesan y quizá aventajan á las opuestas.

Pero el Dr. Decoud nos mira solo por el lado malo, por este lado únicamente. *Aun cuando fuera veraz en lo que dice diciendo una parte de la verdad, no dice nada*, palabras de Rousseau aplicables, al escritor á quien estudio, escritor paraguayo que presenta al Paraguay sin una sola cualidad amable.

A mi me place el estudio experimental y he de tener la paciencia de hacer la disección del discurso octavo de *La Atlántida*.

Segun *La Atlántida* el Dr. Francia era «hipocondriaco», un caso patológico, «un cacómano» que «sufría accesos», con «sueños mórbidos», «de imaginación enferma», víctima del «delirio de las persecusiones», «un alucinado desesperante», una «aberración mental» ó, en romance claro, un hombre loco.

En esta manera de considerar al Dictador insiste demasiado, creo, demasiado para una obra histórica que no es un tratado de patología y sin embargo olvidó lo principal para su tésis: no dice que el padre

del Dictador pasaba por «hombre muy raro», que tenía un hermano que se volvió loco, una hermana que pasaba por neurótica y un hijo, Paredes, que murió idem, datos curiosos que el buen médico anota con cuidado en el caso de una sospecha de enagenación mental.

Pero el autor dice que el enfermo Dictador «para distraer el tormento nocturno de la gota punzante, sometía al martirio de azotes á los presos» de donde sale que en la medicina de aquel loco se curaban los enfermos con azotar á los sanos.

Aquí cabe observar que eso que el Dr. Decoud dá por historia no es historia porque nadie, ni el peor enemigo del Dictador, le atribuyó manera tan extraña de combatir los sufrimientos de la gota.

Antes de seguir adelante advertiré para que no se crea que el Dr. Decoud es original que ya el sacerdote Velazco, Rengger y Don Cárlos Loizaga y Pelliza presentaban al Dr. Francia como hipocondriaco, pero á quien el Dr. Ducoud sigue de cerca es al Dr. Ramos Mejía, autor de *Las neurosis* y de *La Locura en la Historia*.

Y esa creencia en la locura del Dictador no sé cómo compaginar con la santa indignación del autor contra el tirano, ni con la justicia distributiva. Un loco es un loco, un irresponsable, ante el tribunal, ante la historia y no provoca ódio sino lástima. Por este camino se escapa el gran delincuente porque el Dr. Francia en vez de delincuente resultará enfermo de la cabeza. Whasburn lo comprendió así, y para indignarse á gusto y con razon contra el déspota, advierte que no era enfermo sino sano, un cuerdo sano perfectamente malvado. El viento Norte que, á tener razon el Dr. Parish, altera los humores en el Rio de la Plata y en opinión del Dr. Decoud ponía furioso al dictador, sería más culpable quo el tirano enfermo. Si el dicta-

tador pudiera defenderse diría lo que Antonio García, un asesino temible, quien en Buenos Aires, marchando al patíbulo gritaba: «no yó sino el viento Norte fué el culpable» (Parish).

Y, sea de esto lo que sea, he de consignar que segun mis noticias el Dr. Francia sufría tambien de constipación intestinal, dolencia poco poética por cierto, y que tambien pone de mal humor, cuando sopla el viento Norte.

## V

### El despotismo de Francia

*Se ahorca á los fusilados en 1811—Se fusila á Mariano Larios Galban y á José Tomás Isasi—Tortura de los conjurados: omisión y error. Se azota á Montiel hasta matarle—Se mata á golpes á Ribera—Se fusila á un suicida—Pero los muertos quedan vivos —Omisiones—Muerte del sobrino del dictador y de Velazco.*

En la pág. 270 refiere, al vuelo, la contra revolución capitaneada por Mallada, en Setiembre de 1811 y copio y concluyo: «Las horcas que (el Dr. Francia) mandó levantar para la ejecución de los conjurados, fueron la primera muestra de terror.....»

Ni duda cabe: el Dr. Decoud cree que los conjurados fueron ahorcados, pero ello no es exacto. A nadie que yo sepa, se ahorcó pero «dos fueron fusilados», un castellano y un catalán llamado Martín, inquilino de un antepasado del autor de «La Atlántida», Juan Francisco Decoud. (Notas de Somellera etc. etc. ([1])

Y ya que tratámos de ejecuciones: en la pág. 291 afirma que el dictador «obligó á divorciarse á su hermana y el día que ésta se sintió de nuevo atraída

---

(1) El error del autor viene de esto: los cuerpos de los fusilados eran colgados de la horca, á usanza antigua.

á la vida conyugal, apresó y fusiló al marido»—á que cabe replicar:

1° Que Petrona Regalada Francia se divorció de su marido Mariano Larios Galban, (que, entre paréntesis, fué Secretario de la Junta Gubernativa y debió decirlo el autor) antes de la dictadura, «por sentencia de juez competente» (testamento de doña Petrona Francia en el Archivo Nacional).

2º Cierto que posteriormente, Mariano Larios Galban por haber tenido una entrevista con su mujer pasó en un sótano una buena temporada, cosa que nadie creería si no constara por escrito *(El Clamor de un Paraguayo)* y si no lo atestiguara todo el mundo. Pero á Galban no le fusilaron, por fortuna. A la muerte del Dictador, su cuñado Galban salió del sótano, medio atolondrado, pero recobró el juicio y acabó sus días tranquilamente en la Asunción, en Febrero de 1847 (Demersay: *Historia del Paraguay*, tom. 2º, pág. 392, nota). Don José del R. Miranda, además, certifica de que es así como queda dicho.

Quien fusila á Galban es el Dr. Decoud, el mismo cruel historiador que quemó á Atahualpa.

En la pág. 299 cuenta que Isasi á su vez fué fusilado.

Verdad que José Tomás Isasi estuvo preso en tiempo de la Dictadura, pero salió en libertad y murió de muerte natural, según testimonio de la familia de Isasi y de varias señoras ancianas que le vieron morir y asistieron al entierro. El fusilamiento de Isasi, por consecuencia, corre por cuenta del Dr. Decoud, no por cuenta del Dictador—

De buena salud gozaban
Los muertos que vos matáis

(Pág. 278) Narra el tormento de los conjurados contra el Dictador, en 1821, callando un detalle típico: no dice que quiénes latigueaban á los presos en la *Cámara de la Verdad* eran unos indios guaycurues,

detalle que aumenta el tinte lúgubre de aquella escena, detalle indudable porque está en «El Clamor de un Paraguayo». Y el autor de *La Atlántida* cree que el Dictador presenciaba el cuadro brutal, lo que no es exacto. Quien hacía de juez era Bejarano y quien dirijía la maceración era Patiño en el antiguo Colegio de los Jesuitas, á una cuadra de la actual casa de Correos, en que habitaba Francia, á donde iba y venía el Fiel de Fecho para «dar cuenta al Dictador» (*El Clamor....*)

Pero ¡atención! otra vez: «solo uno (de los conjurados), Montiel, no confesó (su delito), muriendo bajo los golpes de la correa anudada.»

A Montiel le azotan hasta morir, según se vé. Pero durante la Dictadura sólo dos murieron azotados: «un peón de Yegros ó de Aldao que no tuvo ó no quiso declarar y Pedro Trigo». (1) Los Montiel fueron fusilados. El capitán Montiel no cayó en la 1ª descarga, y entonces él mismo mandó la 2ª como Murat. (Rengger: *Ensayo*, 1ª parte, cap. IX) Por si se recusa á Rengger, afirmo que Whasburn (*Hist. del Paraguay*) dice igual y por si se recusa á ambos, digo que tengo documento vivo: Fleytas, anciano que vive en Caazapá, antiguo escribiente del Dr. Francia, vió el fusilamiento de algunos de los Montiel. Uno de estos, Joaquín, fusilado con Vicente Iturbe, era marido de Rosa Decoud.

Continúo. En la pág. 281 habla de «Ribera, muerto á golpes». Pero Ribera no murió á golpazos ni fué muerto de ningún otro modo por el Dictador. Quien perdió la vida «de resultas de los golpes que recibió» fué Joaquín Riera» (Molas: *Descripción histórica*,....

---

(1) *Carta* de Carlos Loizaga á Gregorio Machain, en uno de los apéndices del *Ensayo* de Rengger, Buenos Aires, 1883. No sé si ese peón es el sirviente Simón, de la casa de *Valdovinos*, citado por *El Clamor de un Paraguayo*.

pág. 20, Nota por A. J. C.). El doctor Decoud ha sustituído una víctima por otra.

(Pág. 298) «Francia—se lee aquí—se deshizo de su amanuense fusilándolo». Lo que pasó fué que el Secretario de gobierno, Bernardino Villamayor, se arrojó al río en 1824 (Rengger: *Ensayo*—1ª parte, cap. XV) (1). Francia no fusiló á ningun amanuense suyo, lo digo porque así es la verdad, no por defenderle.

Pero las más de las veces el Dr. Decoud deja vivos á los fusilados. Sea el caso de los compañeros de Bonpland «La Atlántida» cuenta la prisión del sabio, pero calla el punto negro, lo que imprime carácter—como en el caso de los guaraníes—no dice que doce desgraciados tomados con el botánico fueron al patíbulo, historia triste que está en *El Clamor*..

A lo que se vé una de las gracias de «La Atlántida» es quemar al ahorcado (Atahualpa), ahorcar á los fusilados (conjurados de 1811) ó azotarlos hasta morir (Montiel), cambiar una víctima por otra (Ribera por Riera), fusilar á los vivos (Galban, Isasi), y dar por vivos á los muertos (compañeros de Bonpland).

El Dr. Decoud cuenta que el Dictador desterró á un su pariente, lo que es muy verdad, pero debió añadir que fusiló á su sobrino carnal, José Antonio Mareco (Navarro: *20 años*... cap. XII) con pensar que la muerte es más grave que el destierro.

Y debía de decir,—dado el rango de la víctima, que Velazco, el último gobernador español, murió de sufrimiento en la cárcel. Cuentan que desde su prisión había ordenado que se pusiera en libertad unos pájaros enjaulados, diciendo: «ahora comprendo lo que es estar preso».

---

(1) En otra parte el Dr. Decoud alude sin nombrarle á este suicida.

## VI

### El despotismo de Francia

*El negrito Pilar—No era espía—Su muerte—Atrocidad contra la memoria del médico Estigarribia—Lo que dicen Molas, Peña, Loizaga, los santafesinos, y don Luciano Recalde—El envenenamiento del Obispo Pane—Francia acusado de veneno—Francia á su vez, acusa á otros del mismo crimen—El médico Estigarribia libre de toda sospecha—Deber de conciencia del autor—Un comandante tomado por barbero—Errores estadísticos—Se ejecuta dos veces á los conjurados—La tentativa de 1819.*

El dictador tenía un negrito llamado Pilar. En la pág. 298 de «La Atlántida» se dice que era ESPÍA, testimonio falso que he de dejar sin efecto.

Pilar era un jovencito bien intencionado, negro, es cierto, pero hay negros que no son espías. En un acceso de furor el Dictador le hizo fusilar por haber tomado unas cintas para jugar (tenía 16 años) (*Cartas* de Luciano Recalde). Pilar fué llorado porque era un abogado de los postulantes ante el Dictador. «Introducía solicitudes y obtenía buena providencia» (Navarro: *20 años en un Calabozo*, cap. XII). Pilar se las arreglaba, se hacía el gracioso, para obtener «una buena providencia», servicio en que arriesgaba la cabeza porque era peligrosísimo jugar con el tirano

He interrogado á algunos de los sobrevivientes de aquella época y todos, uno á uno, dicen que se lamentó la desgracia del negrito porque no se le tenía por espía.

Pero esto del ESPÍA es poca cosa comparado con la atrocidad que paso á referir, más grave que la misma quemadura de Atahualpa.

*La Atlántida* cuenta la muerte del Obispo Pane,

de esta forma: «El obediente curandero Estigarribia obsequiaba al Obispo con el brebaje que debía producirle una muerte desesperada».

El médico Estigarribia envenenador!

Es la primera vez que se derrama esa gota de tinta sobre la memoria limpia de aquel hombre de bien.

Oigamos á Molas en su *Descripción Histórica*: «El Dictador tiró á perseguir al Obispo hasta envenenarlo.»

¿Qué dice Manuel Pedro de la Peña? «El Dictador concluyó con su existencia por medio del tósigo». (*Apuntes* citados en la *nota* 3, pág. 18 de la *Descripción Histórica).*

¿Qué dice don Cárlos Loizaga? Entre los «hechos de envenenamiento que se atribuyen á Francia» se cita «el del señor Obispo Pane» (*Carta* á don Gregorio Machain en los «Apuntes finales al «Ensayo» de Rengger),

¿Qué dice Navarro por cuya pluma hablan algunos presos santafecinos? El Obispo «había sucumbido al fin víctima del ódio del Dictador, pues dicen que el santo hombre había recibido de una manera particular ....unas 6 botellas de vino que le envió un dia de regalo su antiguo amigo Francia» (*20 años*, cap. XIV).

Molas, Peña, Loizaga, los santafecinos son contemporáneos del Obispo y estaban en la Asunción cuando el supuesto envenenamiento, presos unos, otros nó, y ninguno, segun se acaba de ver complica en ese crímen á Estigarribia.

Pero el gravísimo error de «La Atlántida» tiene su explicación. Don Luciano Recalde, vivo todavía, cree que el Dr. Francia le dijo á Estigarribia: «Pobre Obispo! llévale estas botellas de vino», encargo que cumplió el curandero sin saber que llevaba veneno; el Obispo bebió el vino y «murió echando las entrañas». Esta narración al pasar por la pluma del Dr. Decoud se adultera de modo que el médico se convierte en cómplice en primer grado del Dictador, ó en consciente

envenenador de un Obispo: ¡se le hace preparar «el brebaje que debía producirle una muerte desesperada»!

Quizá no haya habido veneno, en realidad. Acaso la extraña coincidencia de morir el obispo ya muy enfermo, poco rato después de haber bebido el vino, sea el único fundamento del rumor anotado por Molas, Peña, Loizaga, Navarro, Recalde, aunque este asegura que su tia, Joaquina Machain de García en cuya casa estaba el obispo, «probó el vino y estuvo enferma, mandó una copa á mi tio Cayetano Iturburo que se enfermó más». (*Cartas* de don Luciano Recalde en poder de quien escribe este artículo). Por entónces, la gente daba con frecuencia en sospechas de este linaje: Al doctor Francia le atribuyeron tres envenenamientos, el del obispo, el de un oficial Servian y el de Sebastian Martínez Saenz, pero el citado Loizaga añade: «creo que de estos hechos sólo puede darse por cierto el del señor obispo». El Dictador, para no quedar atrás, acusó también en documentos que llevan su firma, á todos los españoles de haberse propuesto envenenar «á los patriotas», con especialidad al curandero catalán Domingo Bruguez, al boticario francés Saguier; pero sobre todo á Rengger quien (según el Dictador) casi mató con un brevaje al tesorero Juan Francisco Decoud y mató deveras (según el Dictador) á veinte soldados del Cuartel de Pardos. (*Apuntamientos hechos á la obra* de Rengger por el Dictador en la *Descrip. Hist.* por Molas, y «Providencia oficial del Dictador Francia» en el «Ensayo» de Rengger).

El pueblo creería de buena fé que los nombrados envenenaban á la gente. Cuando la peste bubónica ¿no creyó lo mismo? Y cierta gente, sin duda, creyó, de buena fé también, que el Dictador envenenó al obispo.

Pero fuese de esto como se fuese, de todos modos, el médico Estigarribia sale libre de toda sospecha. El Dr. Decoud, con leerme, por deber de conciencia ha

de sacar él mismo la gota de tinta que ha puesto sobre el nombre modesto, pero honoratísimo de Juan Vicente Estigarribia. Este era un hombre austero y religioso, dice la tradición y hasta lo dicen letras de molde: «era un hombre hábil y muy honrado al decir de todos» (Navarro—*20 años...*, cap. XII) y «procedía con la mayor lealtad» porque «era puro y virtuoso» (id, cap. XII).

Conviene cuidar de no ser injusto con los muertos porque los muertos ya no pueden defenderse.

«La Atlántida» parece novela. Afirma (pág 298) que el Dictador tenía por confidente á un barbero llamado Bejarano, doble inexactitud porque Bejarano no era barbero sino comandante. (1) (*El Clamor*) y porque Rengger escribe que «el Dictador no tenía confidentes».

Da á la Asunción en 1813, una población de 6000 habitantes (pág. 272), pero Rengger dice que nuestra capital tenía 15,000 habitantes en 1819 y que la población había disminuido con la Dictadura (*Paraguay*—1835, págs. 87 y 88). Dice que el número de españoles apresados por el Dictador era de 400 (pág. 279) y ese número casi no excedía de 300 (*El Clamor*), Rengger: *Ensayo*, 1ª parte, cap. X y Navarro: *20 años*....donde se repite 4 veces el número **300**). Eleva á 300 el número de los azotados en la Cámara de la Verdad (pág. 278), inexactitud cruel porque duplica el número de los que padecieron tormento. (*El Clamor*....). Mata dos veces á los conjurados, la 1ª vez á 40, más Yegros y sus hermanos (pág. 277) y la 2ª 68 (pág. 278), con lo cual el número de ejecutados eleva á más de 110. (2) Cree que la tentativa de 1819 fué la última, cuando es

---

(1) A Bejarano le llamaba el Dictador mi *Sancho Panza*. (*El Clamor*) Lo del Barbero viene de un error de Demersay.

(2) Es cosa bien averiguada que del 17 al 26 de Julio de 1821 cayeron 68 con Fulgencio Yegros. (*El Clamor*).

sabido que fué la 1ª que motivó la opresión de la Dictadura: y tenemos un historiador de la Dictadura que no tiene noticias de la tentativa de 1827, aquella en que se llamó á Dorrego!

El autor, por no acertar nunca, imposibilita la crítica: Calumnia al infeliz negrito Pilar, al venerable Estigarribia, toma á un comandante por barbero, duplica los atormentados, mata dos veces á los procesados, de la 1ª conjuración hace la última, habilidades que acreditan de novela á «La Atlántida».

## VII

### El despotismo de Francia

*Historia de Bonpland — 1er error — Tadeo Haenke: errores — Omisión de la Carta de Bonpland al Dictador — La ninfeácea Victoria Regina — Salida de Rengger y otros — Francia y el matrimonio: errores — Los papeles del Dictador — La tarea de la agricultura se impuso á los hombres, no á las mujeres — Errores sobre Molas y su obra. Imposibilidad de escaparse.*

He citado á Bonpland. Ingerta el autor una larga historia del ilustre cautivo del Dr. Francia, historia que debió contar en dos líneas para no romper el equilibrio, y dice que el sabio botánico tornó á la América « á la *caida* de la Emperatriz Josefina.» Querrá decir que después de su *caida* á la tumba porque Bonpland, nuestro cautivo, recibió el último suspiro de la graciosa Josefina, en 1814, cinco años despues que *cayó* del trono con su divorcio. (1809)

Y añade el Dr. Decoud que «se perdieron las obras del aleman Haenke que murió en 1819». Y ni se perdieron dichas obras pues corren impresas ¡alguna desde 1825! ni Tadeo Haenke era aleman sino austriaco ni murió en 1819 sino dos años antes (V. Mi-

chaud: «Dicc. Biogr. Univers» y «Los Anales de la Biblioteca» (de Buenos Aires), art. de Paul Groussac)

En la historia de Bonpland con ser minuciosa no dice que este escribió una carta al Dictador (Notice sur la vie et les travaux de M. Aimé Bonpland)»

Y añade que el mismo Bonpland «en 1850 terminó su estudio sobre la preciosa ninfácea (1) bautizada con el nombre de «Victoria Regia», y que él llamaba mas propiamente maiz del agua», claúsula que puede inducir á error de no decir que el descubridor de aquella bellísima planta acuática es Schomburgh en la Guayana Inglesa, 25 años antes que Bonpland. Y cabe observar que Lindley no la llamó »Victoria Régia» sino «Victoria Regína» y que quienes la llamaban «maiz del agua» no era Bonpland sino los colonos.

Todavía leo en «La Atlántida»: «Francia mostró siempre la mayor aversión por el matrimonio» «y prohibió, el casamiento á los españoles» y «por último á todos», afirmaciones que me tomo la licencia de negar: Francia quizo casarse y no se casó porque los padres de la joven á quien amó no le aceptaron, ni á los españoles prohibió en absoluto el casarse y sí el hacerlo con las mujeres blancas (Rengger 1ª. part. cap. XIII), y ni á sus soldados ni á la plebe lo prohibió con nadie segun se prueba con documentos del archivo de la Capital, datados en los últimos tiempos de la dictadura.

El doctor Decoud afirma que no ha quedado ningún papel, ningún escrito de la época de Francia en que estudiar la Dictadura, afirmación tan cierta como la historia de Haenke, tan cierta que en el Archivo de la Asunción hay papeles con la firma del doctor Francia en tan copiosa cantidad que permiten seguir al menudeo los más de los actos de su gobierno. El error

---

(1) Tampoco es *ninfácea* sino ninfeácea.

del autor tiene su raiz en una nota de don Angel Justiniano Carranza, á la obra de Molas, donde se lee: «el doctor Francia puso fuego á sus papeles», cosa desmentida por los procesos, decretos de confiscación y bandos de todo género, del tiempo de la Dictadura, existentes en nuestro Archivo. El incendio de que habla, debió haber sido casual. No destruyó los papeles del Dictador (1).

(Pág. 284) ¿Qué fundamento tiene lo que sigue?: «impuso no al hombre sino á la mujer la ruda tarea de la agricultura». Que la mujer era más trabajadora que el hombre, se sabía de tiempo atrás, pero el Dictador obligó en 1819 á los «propietarios», no á las mujeres, que hicieran hasta dos cosechas al año.— (Rengger: *Ensayo*, 1ª parte, cap. VII.

(Pág. 294). Aquí asegura tres cosas: es la 1ª que Mariano Molas fué «instrumento de Francia en el Congreso de 1813», lo que no es exacto porque Molas en ese Congreso no fué instrumento de nadie; es la 2ª, que en la cárcel donde le puso el Dictador escribió su «Descripción histórica», aserto negado por el mismo Molas porque se desprende de su 9º párrafo, que compuso su libro «en la presente época de 1840» y porque Molas ataca en su «Descripción histórica» al tirano lo que, por peligrosísimo, no lo hubiera hecho en la cárcel (esta inexactitud del doctor Decoud deriva del prólogo de don Angel J. Carranza); es la 3ª, que esa obra su autor la «modeló sobre las obras de Azara», tercer error en que no ha de caer ningún lector discreto porque Molas y Azara difieren en su plan, en sus datos y hasta se hallan en abierta oposición.

(Pág. 294) Sostiene que «ninguno, á excepción de Scoffier quiso huir del Paraguay», pero aparte de que quisieron huir también Velázquez, Garrigó y otros, *(El*

(1) En poder de particulares no escasean tampoco papeles del tiempo de la Dictadura.

*Clamor*....) no tiene presente el autor que el Paraguay estaba apretado por el círculo de hierro de las guarniciones y que hasta los indios payaguaes hacían por orden del Dr. Francia, la ronda del rio (*El Clamor*.....)

## VIII

### El despotismo de Francia

*Nacionalidad del padre del doctor Francia—¿Dónde nació éste? — ¿En qué año?: errores de «La Atlántida»: agonía del Dictador: error—Edad en que murió:—La enfermedad que le mató: historia de sus últimos momentos; no le acometió el ictus mortal como cree «La Atlántida».*

Afirma (pág. 262) que el Dr. Francia era hijo de un brasileño paulista, que era natural de Yaguarón y que nació en 1756, todo lo cual ha de ser verdad, sólo que el padre del Dr. Francia no era paulista sino portugués (de Oporto) (1) ni el Dictador era de Yaguarón sino de esta capital ni nació en 1756 sinó diez años después tres cosas bien sabidas desde tres años antes de la 1ª edición de «La Atlántida» por constar en un documento auténtico que ha volado á los cuatro vientos. (2)

En la pág. 302 muere el Dictador; muere, dice «La Atlántida», «sin un temblor, sin una pena,» y se sabe cierto que el médico Estigarribia contaba que «jamás había presenciado agonía más triste y dolorosa que la del Dictador» (Navarro: *20 años*, cap. XIV); muere, dice La Atlántida, de pié «como Vespasiano» y lo dice ¡porque tres días antes del 20 de Setiembre, fecha en que finó, el Dr. Francia quiso pasearse por el cuarto! (id, id, cap. XIII); muere á los 84 años de edad, dice «La Atlántida», ¡y el Dictador acabó sus días diez años antes de esa edad!

---

1) Blas Garay: *Breves noticias sobre el Dr. Francia*: (artículos).

(2) *Informe del Cabildo de la Asunción* sobre el resultado de las elecciones practicadas en 1809 para enviar candidatos á diputado á Buenos Aires, documento publicado por Pelliza en el prólogo que puso al *Ensayo* de Rengger, 1883.

¿De qué enfermedad murió el Dictador?

Parece que un médico no debía de errar en esto de la enfermedad del dictador, y sin embargo el médico yerra.

El Dr. Decoud dijo en la 1ª edición de *La Atlántida* que el Dr. Francia murió de *apoplegía cerosa*; pasan quince años, se hace médico y cambia la cosa: en la 2ª edición dice que el Dr. Francia murió de *ictus mortal*.

¿Qué es *ictus?* Libros hay en que leer: «*Ictus:* Vocablo latino usado en patología para designar toda acción mórbida que se manifiesta de una manera brusca» ó «ataque fuerte que invade súbitamente la economía»: enfermedad que ataca *brusca* ó *súbitamente*. Desde luego *ictus* es *golpe* en latín.

Y salvo que el Dr. Decoud con decirnos que el Dr. Francia murió de *ictus mortal* quiere decirnos que murió de repente. (1)

Pero esta creencia se destruye con lo que sigue:

Hacía rato que, antes del 20 de Setiembre, el Dictador estaba enfermo y postrado. «Hácia el 16 de Setiembre la enfermedad alarmó á su médico» (Navarro, id. cap. XIII); el juéves 17 su médico le dijo: «V. E. está muy mal.... creo de mi deber decirle que disponga lo que crea conveniente»; «la enfermedad se agrava cada día, cada hora....»; «desde el 17 por la mañana Francia se obstinaba en no abrir sus lábios»; «el médico velaba»; «comenzaba la agonía lenta» (id, id); «siguió el 18 más ó menos como el día antes»; «el 19 pasó lo mismo para el moribundo, es decir, en esa agonía lenta»; «el delirio se pronunció en la noche del sábado 19, hácia la madrugada»; «los ayes del moribundo se repetían de un modo lastimoso»; «amaneció

---

(1) Ello se confirma con leer mas abajo: Francia acabó «con esa muerte rápida que los antiguos anhelaban.» Por *los antiguos* ha de entenderse aquí á Julio César quien dijo que la mejor muerte es «la inesperada y repentina»

por fin el día 20 de Setiembre»; «á las 6 ó 7 de la mañana Francia abrió los ojos, el delirio había pasado»; pregunta á su médico si «está mejor ó peor»; después «perdió el uso de la palabra»; «se movía con las últimas convulsiones de la muerte»; «el señor Estigarribia se arrodilló y la sirvienta siguió su ejemplo»; «un momento después Estigarribia se levantaba para tomar el pulso al enfermo». «No había ya pulso»; «el doctor Francia, el Supremo Dictador del Paraguay, acababa de expirar»; «eran las diez de la mañana del domingo 20 de Setiembre de 1840» (Navarro, id, cap. XIV).

Esta historia triste, no es la historia de una muerte repentina.

Conste que el Dictador no murió de *ictus*. (1).

¿Cómo resumir los errores del autor? No sabe la nacionalidad del padre de Francia, ni dónde nació éste, ni en qué año; ni cómo ni de qué murió, ni á qué edad; el *ictus* es antojo.

## IX

### El despotismo de Francia

*Exageraciones del Dr. Decoud—El suicidio y la dictadura—Pedro Juan Caballero—Hubo protestas contra el tirano. Los sacrificados no murieron como esclavos—La fuerza del Dr. Francia—Sus golpes mortales—El terror es una fuerza—El primer deber del historiador—Citas del Dr. Decoud—El caballo hecho cónsul por Calígula.*

Yo no formo mala opinión de quienes cantan los defectos de su patria porque el cantarlos puede ser saludable. Pero á nada conduce el exagerar las cosas

---

(1) «La gota le tenía clavado en el sillón» Navarro: *20 años....* cap. XIII. El dictador sufría también de constipación intestinal. (*Cartas* de don Luciano Recalde).

y el Dr. Decoud las exagera. De creerle, el Paraguay «tenía un alma inferior»; no hubo aquí nadie que se atreviera con el tirano, todos tenían el alma vil de los esclavos.

Escuchémosle.

El pueblo andaba muy «acostumbrado á la esclavitud»; estuvo en «muda sumisión»; «no tenía ideales»; «todos mantuvieron imperturbable su quietismo»; «estuvieron humildes en la hora de la muerte». «Francia no tuvo contra sí ni una virtud, ni un suicidio como el de Caton, ni el grito de un héroe.... ninguno murió protestando como Séneca.» De esta pintura trazada con carbón sale que el Paraguay es un pueblo de desgraciados, un país de esclavos en el sufrir, en el morir, esclavos de piés á cabeza, un pueblo de chinos.

Al contestar comienzo por observar que Séneca no murió protestando. Neron le hizo decir que se matara: Séneca se metió en un baño y se abrió las venas: sin decir palabra contra Neron: meterse en agua caliente y abrirse las venas no es protestar.

Y no veo la utilidad práctica de los suicidios contra los tiranos: lo que éstos querrían es que los mejores se mataran á sí mismos para ahorrarles trabajo. Pero en todo caso tenemos un suicida á lo Caton en Pedro Juan Caballero, quien se degolló con más civismo que Séneca, estampando tremenda imprecación contra el déspota sanguinario, pormenor trágico que «La Atlántida» no cuenta y eso que cuenta hasta el nombre de *Sultán*, el perro del Dictador.

Y no es por mirarle á Caballero con ojos de paraguayo que comparo su muerte con la de Caton. Un ilustre extranjero, Angel J. Carranza, dice: «Pedro Juan Caballero imita á Caton de Utica y con la sangre de sus venas escribe en la pared de su prisión:

*«El suicidio es reprobado por las leyes divinas y humanas, pero «el tirano de mi patria no se saciará con mi sangre».*

Hasta me parece que hay más belleza trájica que en la muerte de Caton, en este grito de nuestro héroe desesperado.

Que la terrible opresión de la Dictadura llevó á la desesperación del suicidio sale de este párrafo de un escritor cercano á la época negra: «Se suicidaron algunas personas, acto de desesperación extraño al carácter flemático y resignado de aquellos habitantes» (*El Paraguay, lo que fué, lo que es, lo que será—1848*).

Ni es exacto lo que afirma el Dr. Decoud que el paraguayo sin excepción, se doblegara sin protestar á los piés de su opresor. Cualquiera entiende que los encarcelados y los fusilados eran personas que de algún modo protestaron ó conspiraron contra la Dictadura. Ni faltaron heróinas como aquella mujer valerosa que en la cárcel decía:

«SI TUVIERA MIL VIDAS QUE PERDER, TODAS LAS ARRIESGARÍA POR LA DESTRUCCIÓN DE ESTE MONSTRUO. (Rengger: *Ensayo*, 1ª parte, cap. X.)

Los sacrificados el año 21 no cayeron como los chinos degollados por sus mandarines.

Rengger, testigo de la catástrofe, se expresa así:— «A pesar de los padecimientos de todo género y de los terribles dolores que habían sufrido, todos murieron con la mayor entereza, y muchos gritando: ¡Viva la patria!» (*Ensayo*, 1ª parte, cap. IX.

«La Atlántida» afirma que ni se le aborreció al tirano, pero nadie ignora que el tirano se atrajo un odio espantoso que llevó al extremo de profanar su tumba: treinta años después de su muerte manos vengadoras desenterraron sus restos y en los huesos fríos castigaron la crueldad del temible Dictador: fué mal hecho, pero cito el acto como prueba del odio tremendo que se concitó el tirano.

La plebe no maldijo del Dictador porque la plebe es plebe aquí y en cualquier parte y porque esa plebe sufrió menos que la gente decente.

El autor extraña que la gente dejara estar al Dictador con haber sido tan malo este tirano. Pero olvida los tiempos, lo que se olvida con frecuencia, olvida el medio diabólico de que se valió el tirano para sostenerse.

El Dr. Francia tenia un poder formidable. Disponía de 25,000 hombres, 5000 de línea y 20,000 de milicia, en 1825 (Renger: *Ensayo*, 2ª parte, cap. V), fuerza que equivaldría á 100,000 de ahora. Entre esos soldados, no había una sola persona decente, eran gentes reclutadas en el pueblo bajo. El Dictador descansaba en su absoluta fidelidad porque les hizo creer que «los conspiradores harían perecer con él á todos los empleados y cuantos le eran adictos y que después de distribuirse las propiedades de sus víctimas, debían entregar el país al gobierno de Buenos Aires.... y produjeron su efecto los rumores que hacía circular el Dictador» (Rengger: *Ensayo*, 1ª parte, cap. X). Cosas así suelen pasar inadvertidas y quiero insistir en ellas con palabras de otro autor comtemporáneo: «El Dictador mandó á Bejarano y á Patiño que dijesen á los soldados que los de la conspiración, si salían con la suya, PENSABAN DEGOLLAR Á TODOS PORQUE SERVÍAN AL DICTADOR....» *(El Clamor.)*

Desde aquel día, desde 1821, la soldadezca se identificó con el tirano. Con velar por este, creía velar por su propia existencia. El soldado gozaba de la libertad de que se privaba al ciudadano. Podía «hacer casi todo lo que quería y rara vez era reprendido por más exceso que cometiera». (Rengger).

Para ir de la Asunción á otro pueblo se precisaba pasaporte. Nadie podía moverse con el sistema de licencias; 2000 hombres se ponían en movimiento para perseguir á un solo desertor. (1). Nadie podía hablar con el sistema del espionaje. Tres individuos que se reu-

(1) Rengger: *Ensayo*, 2ª parte, cap. IV.

nieran con frecuencia, por el hecho de reunirse estaban perdidos. La población escasa estaba desarmada. Y aquellos 25,000 hombres y aquella nube de espías y aquel sistema de licencias y aquellos payaguaes que rondaban los ríos, formaban como una gran telaraña extendida por sobre todo el país, en que el artista sutil, la araña venenosa, colocada en el centro, velando noche y día, con los ojos clavados en todos los hilos de su red, era el inexorable Dictador. En su género, en el género malo, la dictadura fué obra de arte, obra maestra.

El doctor Francia siguiendo el consejo de «El Príncipe» descargó sus golpes rápidos y seguros sobre las cabezas, sobre los caudillos, sobre la aristocracia, sobre el clero, halagando al soldado siempre, predicándole que todo peligro que amenazaba al Dictador amenazaba al ejército. El odio á Buenos Aires fomentado con sagacidad refinada, jugaba su papel.

Y el Dr. Decoud ha de saber que el terror es una fuerza tremenda así en Francia, así en el Paraguay, así en cualquier parte y más en aquel entonces, en un país poco poblado, sin periódicos ni telégrafos, donde el primer cómplice del tirano era la geografía. ¿Ha pensado el Dr. Decoud en el poder tiranicidio del telégrafo?

Ni ha de desconocer que si aqui no había espíritu público tampoco le había en la República Argentina donde Rosas cometía crímenes atroces más al aire libre que el Dr. Francia bien oculto en este rincón de América. El Paraguay no era ni mejor ni peor que sus vecinos, no era peor, no tenía «el alma inferior» como cree el Dr. Decoud.

El primer deber del historiador es trasportarse al tiempo y al lugar de los actores, ponerse en su punto de vista, en su manera de pensar y de sentir y este viaje de 60 años en América equivale á varios siglos en Eu-

ropa ¡tan rápidamente han evolucionado estos pueblos americanos! En otra ocasión decía yo: «Volver la vista atrás, á la corta distancia de 50 años, es pasar de la civilización á la barbarie, es lo mismo que ir de Buenos Aires á la Patagonia. A tan corta distancia se encuentra la Edad Media de algunos pueblos americanos.... Hace 50 años que los *mazorqueros* de Rosas en la República Argentina azotaban, descuartizaban, cortaban cabezas como hay Dios. Hace 60 que en el Paraguay el Dr. Francia fusilaba á la gente sin proceso ó la dejaba pudrir en cárceles inmundas porque le daba la gana. La historia terrible parece hoy pura patraña.» (1). Ese cambio brusco en ideas, en tendencias, en carácter, no puede explicarse el historiador superficial y rompe la lógica del historiador europeo. Pero en vez de condenar á los que tanto sufrieron, en vez de tenerlos por de «alma inferior», conviene estudiar bien la historia y explicar las cosas

Y castigar á nuestros padres por no haber sido tan instruidos y tan liberales cual nosotros es lo mismo que si un hijo medio blanco castigara á su padre negro por haber nacido negro sin pensar que con ese criterio, un nieto le castigará á su vez por no haber sido blanco entero. ¡Cuántas cosas que nos parecen de perlas serán condenadas por el porvenir! y ante el mal historiador futuro, ante el pésimo sociólogo, que no se ponga en nuestro medio ambiente, en nuestro punto de vista, con el criterio del Dr. Decoud, estaremos perdidos nosotros y el autor de *La Atlántida.*

Antes de dejar esta disertación VIII, observo que ella comprende 30 foja, (¡en 30 fojas comete los garrafales errores que he desflorado!) en que hay las citas siguientes:

---

(1) *De ayer á hoy* art. publicado en *La Nación* de Buenes Aires, el 1º de Enero de 1901.

Endimión ..... (págs. 256)
Plótino y San Anselmo ..... ( » 263)
Tiberio ..... ( » 266)
Mario ..... ( » 267)
Sila ..... ( » 267)
César ..... ( » 267)
Augusto ..... ( » 267)
Bíbulus (así, en latín) ..... ( » 274)
César ..... ( » 274)
Ciceron ..... ( » 274)
Un latinajo: *César dixit* ..... ( » 276)
Neron ..... ( » 283)
Esparta ..... ( » 284)
Falaris y Perillo (que no era *Perillo* y que está tomado de *El Clamor*). ( » 293)
Nerón ..... ( » 293)
Lucano ..... ( » 293)
Febo ..... ( » 293)
San Baltazar ..... ( » 296)
Lupercales ..... ( » 296)
César ..... ( » 297)
Caprea ..... ( » 297)
Calígula ..... ( » 298)
Vespasiano ..... ( » 302)
Nerón ..... ( » 303)
César ..... ( » 304)
Augusto ..... ( » 304)
Rubicun (así, en latín) ..... ( » 305)
César ..... ( » 305)
Británicus (así, en latín) ..... ( » 305)
Tíberio ..... ( » 307)
Neron ..... ( » 307)
Calígula ..... ( » 307)
Claudio ..... ( » 307)
Sila (cuatro veces) ..... ( » 308)
Séneca ..... ( » 309)

Spurius (así, en latín)..... ..... ( » 310)
Roca Tarpeya..... ( » 310)
Casius Chereas (así, en latín)..... ( » 310)

En 30 fojas más de 40 citas, casi todo de historia romana, á las cuales César contribuye por siete veces!

Su decidida afición á la historia romana, le lleva al extremo de inquietar á «Incitato», nombre del caballito hecho cónsul por ocurrencia peregrina de Calígula.— ¿No hubiera valido más que el autor averiguara quiénes fueron las víctimas del Dictador, dónde nació éste y cuándo y cómo murió?. El Dictador del Paraguay nada tiene que ver con el cónsul solípedo de Roma.

Y no he anotado algunas contradicciones: En la pág. 302 leo: «el doctor Francia no sufrió ningun remordimiento», al morir, pero en la 299 leo que asaltaban al Dictador «los espectros acusadores de sus numerosas víctimas» ¿Sintió ó no sintió el Dr. Francia las mordeduras interiores de la víbora?

En la pág. 294 el pueblo paraguayo «acostumbrado á la esclavitud, no sufría», pero en la pág. 300 en ese mismo pueblo que «no sufría», «el terror no tenía límites» y «era presa del espanto en el silencio», como si el terror y el espanto no fueran sufrimientos.

## X

### La lidia de los aucas

*Demasiada historia romana, otra vez — Los últimos capítulos — El etnólogo y el historiador — Lectura tumultuaria — El escritor — Su manía en citar historia romana — Muestras de su prosa lírica — La armonía rebuscada — Cataglotismo. Ejemplo curioso de impropiedad de lenguaje — No quiere usar términos vulgares — Conclusión.*

La IX disertación es una narración sonora de la

lidia de los aucas. Pero allí también hay demasiada historia antigua. Aquí Vercingentorix (pág. 319), y los Argonautas (id.), en seguida Germánico (pág. 321), luego la invasión de César (pág. 322), allá Lacedemonia (pág. 324) y las Walkyrias (pág. 327), un poco adelante Zenobia (pág. 328) y la Pitonisa de Endor (pág. 329) y Asdrúbal (id.), más allá Maraton (pág. 337), y otra vez la invasión de César (id.). Y así sucesivamente. Me permito aconsejar al autor que borre todo eso porque todo eso está demás.

Y me quedaría con el poema en prosa casi tal como está, poema del patriotismo furioso, pero simpático del auca.

Los últimos capítulos tratan de la independencia americana, todo muy por la superficie como en cualquier compendio. Los paso por alto porque ya hay elementos de juicio. Corro á poner punto.

---

Se vé que el Dr. Decoud es mal etnólogo y no mejor historiador. El consabido suplicio de Atahualpa y la disertación sobre Francia, que parece novela y parece historia sin ser ni historia ni novela, prueban de modo irreprochable que no dá un paso sin errar. El defecto del libro como obra histórica viene de que su autor se valió de citas de 2ª mano, y de su lectura tumultuaria. Un ejemplo: entre las obras que consultó cita las *Cartas Fisiológicas* de Carlos Vogt, textito de fisiologia humana que yo sé de memoria y que por más vueltas que le doy no veo en qué pudo servirle para su historia de América. Cita igualmente á Washington Irving y á Prescott, y con lo que escribe se pone de punta con ellos. Pero no cita á Eugenio Pelletan y frases enteras de este autor está en *La Atlántida,* aparte de que su primer cap. es un calco del idem cap. de aquel libro.

Yo saco en claro que el Dr. Decoud buscó pretexto

para ejercitar su pluma, y aquí me toca hablar del escritor.

De su curiosa manía de entrarse por la historia romana ya se tienen noticias. Lo que dije en orden á esto en mi examen de su disertación sobre la dictadura de Francia y sobre la lucha de los aucas, extiendo á todo el libro: cada pág. está acribillada de citas romanas, de César, sobre todo.

Y sin embargo el Dr. Decoud no escribe mal. Clava, á veces, sus abjetivos admirablemente. Presento para amenizar mi exposición algunas muestras de su prosa lírica: «la fronda murmura su eterna elegía misteriosa»; la muerte de Pizarro es «trágico destino del hombre de los trágicos instintos»; en el Salto Guayrá, tras una descripción rebuscada, «solo la flor del aire suspendida en la roca sobre el abismo, acompaña con su misteriosa tristeza el supremo ruido de las aguas»; la selva «es altiva en su silencio, soberana en su recojimiento»; cuando la lidia de los aucas «hasta en la sierra de sus confines retumbó una imprecación guerrera»; todo lo cual no es el floreo criollo en uso.

En la descripcción de la zona escojida para asiento de la República Cristiana. (ya lo dijo el Dr. Sienrra Carranza) se sienten el estrépito de la catarata y el ruido y la fragancia de los bosques aromáticos.

Es indudable que percibe la belleza y que la espresa, que, por instantes, aprisiona en su estilo el celaje fugitivo.

Pero el prosador tiene otro grave defecto:— Quiere ser siempre armonioso y, á la larga, lo acompasado enfada. Pierde en movimiento lo que gana en cadencia. Lo que no enfada nunca es el estilo llano, aunque sea desnudo, sin cadencia rebuscada y sin chabacanería, se entiende.

Otro de sus defectos es el uso abusivo de terminachos. Concreto el cargo poniendo en línea de batalla los que usa:

*apocastasia*
*hipermétrope*
*iglus*
*rut*
*icono* (del obispo Pane, dice que era *icono inofensivo)*
*simbiósis*
*epidendro*
*lepidodendron*
*eutanasia* (1)
*políscopo*
*ancestral*
*ictus*
*verandah* (esta palabreja la usa 6 veces)
*hípetra*
*badariota*
*cenogenesia*
*idiólatra*
*instilar*
*Epinicio*
*biometría*
*cacómano*
*miriólogo*
*dinormis*
*sigilaria*
*equisetácea*
*trilobites*
*hipotherium*
*panacota*
*laridon*
*zeuglodon*
*broncoterium*

Todos estos términos y mil más hormiguean en *La Atlántida*. Creo que á eso llaman *cataglotismo*. Es un abusar que ni gracia tiene.

Y lo curioso es que el Dr. Decoud emplea mal mu-

(1) *Eutanasia* es término teológico. (!)

chos de los términos citados. Pondré un ejemplo: En la 1ª edición dijo que los payaguaes eran *anfibios*, pero se convenció, parece, que esos indios no usan bránquias en la primera edad y creyendo mejorar, cambió la voz *anfibios* por el abjetivo *ecuóreos* que significa *marinos* ¡y los payaguaes no son marinos sino *fluviales!*

El Dr. Decoud no dice mariposa sino *lepidóptero* ni chala (linda voz quichua) sino *espata*, ni gusano de luz sino *lámpiro*, ni cocuyo (ó muá, en guaraní) sino *elatérido* ni enredadera sino *galaripso*, ni yerba mate sino *ilex paraguayensis* ni planta acuática sino *ninfácea* (siendo *ninfeácea)* ni mosquito sino *díptero*. Y cualquiera prefiere la mariposa y el mosquito mismo al *lepidóptero* y al *díptero*.

Ah La Bruyer! gentes hay que cuando llueve no quieren decir sencillamente: *llueve*.

Vulgares en el sentido de no emplear sino palabras vulgares son los buenos prosadores y ello no quita que sean sabios, si lo son, profundos y brillantes.

MANUEL DOMINGUEZ

*Asunción, Setiembre de 1901.*

# La formación del carácter

*Conferencia dada en el «Instituto Paraguayo» el 10 de Agosto de 1901*

POR LA SEÑORITA ADELA CASTELL

---

Vengo á Vds, señores, honrada por la amabilidad de la dirección del Instituto Paraguayo para subir á esta tribuna, donde hombres eminentes del país han tratado cuestiones de capital interés para los destinos de América, con notable criterio y robusta erudición; vengo á vds, señores, con serenidad y temor: con la serenidad del que sabe que es llamado de buena fé, y con el temor del que ignora si podrá responder á tan delicada cortesía.... Desde niña me acostumbré á querer al Paraguay, titán caído á causa de la anemia producida por la hemorragia colosal que había vaciado las arterias de su organismo vigoroso y fuerte, al vaciar las de cientos de miles de sus hijos, cuyo heroísmo grande, fiero, salvaje, insuperable ha estremecido al mundo repercutiendo de pueblo en pueblo, de continente en continente, al ser voceado por la trompeta incomparable de la humana admiración! . . .

Aquí estoy, repitiendo ahora como decía hace pocos años en Montevideo, en circunstancias análogas: todo el bagaje que traigo es de buena voluntad.

Se me ha indicado que hable sobre la formación del carácter, lo que más necesita el sér humano para tener conciencia de sus actos, para valer moralmente. Sin duda esta indicación responde á dos fines: el primero, á la suprema aspiración del patriotismo, que busca hasta el granito de arena para agregar al templo de la mayor de las grandezas, de la grandeza moral, que la educación de la voluntad forma en los pueblos; el segundo, y que agradezco sinceramente, el evitarme la contracción al estudio en momentos de *curioseo,* pues años atrás he tratado este mismo punto bajo los auspicios de la «Liga Patriótica de Enseñanza», institución importante de la capital de aquel país cuya historia de emancipación

comienza cuando el que ésta había preparado se refugiaba en su momento de quebranto en el seno de esta nación hermana. Nunca pensará el Uruguay en Artigas, su personalidad más venerada, después de ser la más discutida, su personalidad más culminante, sin unir el Paraguay á este recuerdo, pues aquí recibió el gran caudillo, profundamente emocionado, un ejemplar de la Constitución de aquella Banda Oriental por la que había consumido sus mejores energías, transformada en República, realización del íntimo anhelo de su alma sedienta de independencia y libertad!

Allá, como en todas partes, necesitamos educar y educar firme. Por eso en mi conferencia aludida me dirigía á las madres de familia, que son las timoneras del hogar y, sin exagerar mucho, podría afirmarse que son las timoneras de la gran nave del mundo! Y para hablar á las madres de este país, á quienes me complazco en dirigirme especialmente, voy á hacerlo con la misma sencillez que cuando conversaba con las del mío; contándoles lo que he observado y lo que pienso sobre la formación del carácter en los niños, para contribuír á despertar en las amantes madres el deseo de estudiar hasta los actos más nimios de sus hijos, esos mil detalles que pasan inadvertidos para la mayoría y que dan al fin la resultante de la *manera de ser de cada uno.*

La voluntad, señores, es la facultad del alma más desatendida lo más variable que hay en el niño, como dice Madame Vecker de Saussure y lo que continúa siendo más mudable en el hombre ». De ella pienso hablaros, y no de la voluntad aislada, impulso que quiere ó rechaza, sino de la voluntad deliberada, del carácter, ó mejor dicho, de la educación del mismo. Ya sabeis, pues, madres y padres de familia, que voy á hablaros de lo más caro á vuestra alma, que voy á hablaros de vuestros hijos.

Desde que nacen, y talvez desde antes de nacer, el paternal cariño, fantástico muchas veces en su realidad, inventa todo aquello que considera más seductor, todo aquello que le parece más noble, más grande, más hermoso para adjudicárselo á ese hombrecito ó á esa mujercita en perspectiva.

A qué llegará nuestro hijo, se preguntan los esposos con anhelo en esos interesantes coloquios que guarda la vida de familia.

Si es niña, las ilusiones se refieren con frecuencia á la belleza, á los adornos que ha de poseer, al consorte que ha de tocarle; si es varón, la preocupación más grande es la carrera que ha de seguir. . . . Médico suele decir el padre, ¿qué te parece?—Nó, contesta la madre, te olvidas de las epidemias á que estaría expuesto, de las levantadas de noche si tenía mucha clientela, pues nuestro hijo la había de tener, por que sería un hombre de talento, y lo que cuesta llegar á ser médico!....la carrera tan larga, tan pesada, para después combatir con un sinnúmero de calamidades . . .yo preferiría que fuese abogado. Nó, dice á su vez el padre, no se hable más de leyes en casa; los trabajos de esa índole no se retribuyen siempre (este papá debe ser abogado ó algo parecido). Más bien lo querría militar.—Jamás! grita la abuela, que en silencio hacía sus castillos en el aire; jamás! para que sea carne de cañón! pues no faltaba otra cosa que estuviésemos con el inocente como con pan bendito para que después nos lo hiciera pedazos una bala! basta de guerras, basta de esos dolores sin nombre; no permitas, hija mía, esa atrocidad. Comerciante, como pienso siempre, comerciante, no hay que estudiar mucho y es más independiente—Se engaña Vd. señora, la vida del comerciante es muy agitada y olvida que éste puede llegar á una quiebra? dice el yerno, mirándola con sorna. Nada, no hay más que hablar de esto, agrega la joven madre; si viene varón, se hace farmacéutico y asi lo tendremos siempre en casa. . . . .

Y por este estilo se multiplican las conversaciones en los hogares en que aletean esas maripositas humanas, esmaltadas de los brillantes colores con que las reviste el amor maternal. Yo sé que otros padres más pensadores se preocupan no sólo de lo que pueda hacer brillar á sus hijos, sino de todo aquello que ha de realzarlos moralmente, pues se proponen hacer de ellos una personalidad consciente y responsable de sus actos, y estos padres están en lo cierto.

La educación del niño debe empezarse desde que éste nace: ese pequeñito rubio, ó moreno, que se ampara bajo el ala materna, tiene en germen muchas virtudes y muchos vicios, es decir tendencias á unas y otros.

«El hombre, dice Joqueville, está todo entero en la envoltura de su cuna». No hay que tolerarle la primera falta. El niño es majadero, se le pasea; la madre ya no puede con él ¡si se sienta, llora, y está pesando tanto esta criatura! También el calor que hace....que fatiga!....El padre lo toma en brazos, comienza la tarea, pero ese hombre tiene que ir á la mañana siguiente muy temprano á sus obligaciones. No hay más, es preciso una niñera, se la trae sin pensar en el ataque pecuniario que se hace al padre. Peor sería una nodriza! exclama la joven madre. El pequeño empieza á contraer muelles hábitos. Ya más grandecito, golpea con su manita en el rostro de su madre; ella sonríe y dice: mira que monada! como me pega! Otro día lo repite, y después, cuando se enoja, lo hace más fuerte. De este modo su madre le empieza á permitir que no la respete.

Una vez observaba un caso análogo y no pude menos de decir: «No consienta esto, señora.» — «Que importa! me contestó; «cuando grande lo corregiré, y besaba con fruición á su hijo.

Me vino á la mente la contestación de Solón: «de la tolerancia de las cosas chicas provienen los grandes males.»

Las verdaderas madres son aquellas que tratan de aprender la mejor manera de dirigir bien á sus niños. Se puede educar entre caricias, no consintiéndoles jamás el triunfo de una inclinación mala, no tolerando la repetición de una inconveniencia, porque insensiblemente se llegará al hábito. Si las madres se detienen un momento á observar, constatarán por sí mismas la facilidad que hay para que se formen las hábitos, y una vez contraídos y arraigados, cuán dificíl es hacerlos desaparecer! Y no sólo sucede esto con los niños, sino que á cualquiera de nosotros nos pasa igual, y hasta en cosas insignificantes. Las extranjeras que llegan á esta ciudad si por dos ó tres días al levantarse encuentran que son esperadas por las vendedoras de ñandutí, por ejemplo, que desean hacer su Agosto con la primorosa mercancía, el día que no las hallan, extrañan; lo mismo sucede cuando repetimos diariamente un paseo: el día que no podemos efectuarlo sentimos disgusto, y es que el hábito engendra la necesidad y hay que tener la atención siempre fija en los niños porque al menor descuido del educador los hábitos perjudiciales se establecen.

Noté una vez que, jugando, un niño se golpeó la cabecita en un postigo, y se levantó la madre, y antes de ofrecer su solicitud al hijo, díjole como medio de atenuar ese dolor: «Pícaro postigo que pegó al nene» y devolvió airada el golpe al postigo. El niño comenzó á sonreír: la incauta madre no sospechaba que aquello era un principio de venganza que infiltraba en el corazón de su hijo. Otra vez observé que una preciosa niñita, durante la hora de la comida, tirando del mantel, derramó el vino de una copa que casi rompió y asustada del daño hecho empezaba á llorar, cuando el padre, pues esta vez fué el papá,—dijo con presteza: «No fué ella, no crean, ha sido el gato; péguenle á ese gato malo que viene á hacer llorar á la niña;» y ésta se tranquilizó, pero buscaba con aire de pena al gato; sin duda en su corazoncito sentía algo extraño.... Ah! que grave error cometía ese padre haciendo germinar sentimientos mezquinos en el alma tierna de su hija!—La niña sabría mentir; acababa de recibir la primera lección: en adelante negaría sus faltas y las arrojaría sobre la cabeza de un inocente!....

Me he fijado que algunas veces, en los primeros días que entra á la escuela un niño pequeño, las madres suelen decir: «lo mandaré más tarde porque no está muy bueno ú otras mentirillas semejantes.»— No, señora, he replicado á alguna por lo bajo, no le enseñe Vd. á que nos engañe diciendo que desea hacer eso, redúzcalo á que se separe de sus brazos para caer en los nuestros sin timidez; en ellos se hallará bien»

Yo sé que las acciones pueden ser imprudentes aunque sean motivadas por buenos impulsos.

Las madres siempre alientan las intenciones más santas, pero con la intención no basta. Tienen que meditar sobre la manera de dirigir á sus hijos para hacerlo con acierto.

Formar un hogar es algo más serio de lo que parece, y sin embargo, no siempre se reflexiona. La belleza ó el dinero son generalmente los dos factores que desempeñan papel más importante en este asunto tan trascendental. En Alemania, y en otras partes de Europa, educan á la joven para el hogar; le enseñan á cuidar niños para que el día en que necesite saberlo, no se halle indecisa y pueda desempeñarse bien.

No sólo la educación, sino hasta la vida de los niños depende de la manera de atenderlos: 3/4 % de los que mueren es por descuido ó por error de los que deben velar por ellos. Esta ignorancia ó esta indolencia llega á ser hasta criminal. El Dr. Amargós establece, en su notable tesis, que en el Asilo de Huérfanos de Montevideo por los años 84 y 85, á una sola nodriza se le murieron 14 niños en menos de un año y á otra, en menos de dos años, la cifra asombrosa de 33!. Ya veis, señores, si hay que tomar en cuenta cuestiones tan delicadas, que hasta amenazan el porvenir de una república!...

Es preciso enseñar á las jóvenes á no conocer solamente los secretos del tocador, la manera de brillar en sociedad; y vosotras, madres, las que sois hacendosas, las que enseñais á vuestras hijas á serlo, valorareis lo que acabo de decir; es preciso que la hija sea preparada para madre; la generalidad lleva ese camino: las que no lo siguen á lo menos sabrán enseñarlo á las demás

Las madres preparadas serán las mejores educadoras, porque el amor maternal que guarda así el hálito vivificante de ese afecto que llega á las sublimidades, haria en ese caso de la mujer una madre modelo, como tantas veces la hace una heroína....Pero esa preparación debe ser contínua; cada día se aprende algo; hay en ella que consultar al maestro, director moral; al médico, director físico; la fisiologia y la higiene que éste indicará han de evitar muchos males en los niños. Cuando en éstos se noten procederes inexplicables, hay que buscar la autoridad médica, pues se han visto casos de manifestaciones extrañas en la niñez que han respondido siempre á perturbaciones morbosas, es decir, á estado de enfermedad. Todo tiene su causa: si el niño pequeño llora con insistencia es porque algún mal le aqueja; si el niño crecido es taciturno ó muy insoportable, es porque su temperamento tiene que modificarse.

Sabemos que el alimento, el clima, la manera de vivir, la educación y múltiples causas influyen en favor ó en contra del niño como del hombre. A un individuo nervioso no se le puede tratar como á un sanguíneo, como á un linfático, como á un bilioso; y la prueba es que por instinto, por adivinación ó por tacto especial,

las madres suelen conocer tan bien á sus hijos, que ya saben como han de dirigir á cada uno. La familia y el maestro, aquélla perennemente, éste casi de paso, tienen que influír con eficacia en el porvenir del niño. Smyles observa que, en general, los grandes hombres han tenido madres superiores. Washington la tenía, y como él podría presentar numerosos ejemplos que aquel moralista nos ofrece. Es casi regla que de una madre virtuosa y de carácter proceden hijos de grandes condiciones, y aunque el ejemplo no sea todo, como decía Burk, el ejemplo es mucho, y no sólo tiene influencia sobre el niño, sino que la tiene sobre el hombre. El padre, por bueno que sea, tiene que desatender á sus hijos para preocuparse de la subsistencia de los mismos. ¡Y desdichados de aquellos hijos cuyos padres buscan fuera del hogar el bienestar que en él no hallan, ó que no quieren hallar! Entonces el turbión de las desgracias, cayendo sobre esos seres inocentes, les quita hasta las perspectivas de todas las venturas. La familia tiene lazos que no debieran desatar sino la muerte, y que la imprudencia del hombre ó la mujer suelen ir aflojando lentamente ó cortar de un golpe como el impaciente Alejandro cortó el nudo gordiano!

Para enseñar al niño á dominarse, á tener carácter, á no hacer sino lo que la razón en harmonía con el sentimiento le prescriba, hay que empezar á dominarnos á nosotros mismos. ¿Cómo podríamos decir á un niño que no se enojara nunca, si nos viera siempre encolerizados, si fuéramos irascibles? ¿Cómo podríamos enseñarle á ser tolerante, si nosotros no perdonásemos el menor error de los demás.

Si fuéramos tan grandes moralmente que afeáramos nuestra conducta cuando faltáramos, y tratásemos de atenuar la de los demás, habríamos triunfado de nosotros mismos, tendríamos carácter, seríamos independientes. Porque hay una esclavitud secreta que hace al hombre siervo de sí mismo, y es la esclavitud de las pasiones!. . . .El hombre verdaderamente libre, señores, es el esclavo de su deber; libre, porque se impone á si mismo, porque domina sus pasiones, porque se marca el derrotero que su voluntad unida á su inteligencia le determinan!

Madres y padres de familia ¿quereis tener hijos libres? Sacudid

por medio de la educación el yugo de la herencia psíquica y fisiológica que pesa sobre ellos. Si la herencia los hace leales, trabajadores y honrados dejadles uncidos al yugo, pero si gravita sobre ellos amenazando constantemente su porvenir, tratad de libertarlos de él.

A veces padre y madre son buenos, pero el pobre hijo sobrelleva el triste peso de la cadena atávica: el abuelo, el tío eran unos truhanes, y el inocente nace mal inclinado: entonces el trabajo es mucho más delicado para los padres. Sobre esto Ribot nos hace notar que el niño no recibe solamente la herencia de sus padres, sino la de todos sus antepasados, variando esta influencia hasta el infinito; agrega que diez generaciones, es decir, cerca de tres siglos para el hombre, representan 2048 generadores de pasible y muy diversa influencia en el carácter. No hay que olvidar, señores, que la higiene evita el desarrollo de ciertas predisposiciones. Una tísica muere dejando á su hija con el germen de la enfermedad; pero el padre, hombre versado en la medicina, la alimenta de una manera constante, la cuida de un modo tan asiduo que los gérmenes pierden su morbosidad. El niño ha llegado á ser hombre, su vida ordenada evita las manifestaciones del mal, se ha triunfado de la herencia; pero, cuidado! el padre tiene la preocupación secreta de quién será la compañera que tocará á su hijo. Si por desgracia tuviera la misma predisposición, la descendencia estaría condenada.

Como en lo físico sucede en lo moral. Sobre esto han hecho estudios detenidos Maudsley, Ribot, Martín etc. Hay una multitud de hechos que nos prueban que ciertos vicios también se heredan. La embriaguoz parece transmitirse de un modo indudable. Gall nos refiere que una familia rusa, cuyo abuelo y padre habían muerto prematuramente por el vicio de la embriaguez, trajo á la vida un nieto que á los 5 años ya manifestaba estas tendencias.

Respecto á la avaricia, Maudsley observa que cuando un hombre ha hecho grandes esfuerzos para llegar de la pobreza á la riqueza, sus descendientes degeneran física y mentalmente, y muchas veces la familia se extingue de la 3ª á la 4ª generación; y cuando esto no sucede, quedan siempre una mala fé y una dobléz instintivas, un egoísmo,

extremado, la ausencia de verdaderas ideas morales. Aimé Martín asevera que los instintos del robo, del asesinato, son hereditarios, y nos presenta multitud de hechos qne parecen comprobarlo.

Ribot nos habla de una mujer de Estados Unidos muy pervertida, cuyos 80 descendientes en línea directa han sido: 20 criminales y los 60 restantes ebrios, locos, idiotas y mendigos.

La antropología criminal guarda en sus páginas multitud de hechos de genealogías de esta clase. Pero no hay que alarmarse demasiado por todo esto, señores, porque la educación del hombre, dirigiendo su libertad, puede sofocar en lo posible todas las malas tendencias, favorecer todas las buenas. Parafraseando á Maudsley diremos que un rosal no puede dar violetas, pero la voluntad favorecida por la inteligencia puede combatir los malos instintos. Los grandes pensadores se han preocupado tanto de la influencia hereditaria que Ribot ha formulado leyes psicológicas á manera de las fisiológicas ideadas por Darwin; pero nosotros no nos detendremos á hablar de estas leyes.

A los padres les está encomendado evitar muchos males; y cuántos acarrean á sus descendientes sin pensar en la inmensa responsabilidad que pesa sobre ellos! Qué delicado es constituír una familia! Cuanta razón tienen los padres en oponerse á uniones que han de fundir dos predisposiciones malas en una sola! ¡Qué múltiple es el problema de la educación de los hijos! Cuánto que pensar tienen los padres, cuánto, en la elección de maestros, de amigos, de sirvientes y hasta de lecturas, porque todo influye en los jóvenes! Las amistades son carbón ó tiza que manchan ó blanquean, pero no pasan por el niño, ni aun por el hombre mismo, si tienen alguna fuerza, sin influír en su caracter. Los estímulos también ejercen gran poder en los niños. La manera de premiarlos ó castigarlos debe ser objeto de meditación para los padres. ¡Cuántas veces un castigo injusto enciende un secreto rencor en sus corazones! El lenguage brusco, insultante, que usan algunos padres al corregir á sus hijos, los deprime y los humilla. Lo primero que debe tener presente el educador es despertar la dignidad en el niño. ¡Desgraciado del padre ó del maestro que se impone á sus hijos ó á sus alumnos por el temor, porque estarán deseando

verse libres de su presencia para sacudir su autoridad! Con el niño se debe tratar de ser siempre justo, porque hay padres y maestros que, según el estado de su ánimo, juzgan los hechos con un criterio distinto; es preciso libertarse de toda influencia extraña para proceder con equidad en todos los casos, y cuando alguna vez notemos que nos hemos equivocado, confesarlo ingenuamente á los niños, diciéndoles más ó menos: «comprendo que he cometido un error y espero que me disculpeis.» La dignidad del niño se siente satisfecha, y no podrá guardar resentimiento alguno, resentimiento que suele ser funesto á la vida de familia y aun á la vida de la escuela.

Hay casos tan curiosos respecto á la manera de corregir á los niños! Yo conozco á una madre que quería hacerlo y no sabía que medio sería el mejor. Una vez, no sé por que falta de uno de sus chiquillos, oí que le decía: «Ves muchacho, (agitando un zapato) me obligas....yo no quería pegarte, ves, y grande, y tiene taco y va á dolerte; y todo eso por haberme desobedecido.» El niño estaba atónito; yo me ocultaba sonriendo detrás de una cortina para no perturbar la escena. Cuando acordé todo aquel ciclón que amenazaba al niño se resolvió en caricias recíprocas entre madre é hijo. Estas casas, si no se repitieran, hasta serían benéficas, pero si el niño se convence de que todo se reduce á amenazas, acabará por burlarse de ellas.

El sistema de las amenazas es contraproducente. Siempre que los padres ó maestros prometan algo al niño en pró ó en contra, deben cumplirlo; pero nunca hacer promesa de aquello que no puedan, que no deban ó que no se preocupen de realizar.

Sobre la delicada cuestión de los castigos casi todos los grandes educadores están conformes en evitarlos en lo posible Sully afirma que los castigos son incompatibles con las tendencias humanitarias de la educación moderna, que alejan al educador del educando, que impiden la formación del carácter, que producen el servilismo y la bajeza , ya sean los castigos físicos ó morales; aunque está visto que puramente físicos no pueden existir, desde que todos tienden á moralizar la voluntad.

Montagne opina que sólo deben admitirse los castigos en último

caso, y Rousseau rechaza en absoluto todo castigo. Si se humilla y serviliza el espíritu del niño, dice Locke, sus facultades pierden todo su vigor, toda su actividad y cae en un estado peor que el que se trata de correguir. Tampoco conviene estar premiando á cada momento los menores esfuerzos del niño, porque éste se habitúa á hacerlo por interés, y el día que no halle la remuneración esperada se sentirá desalentado.

De los traviesos y turbulentos se puede hacer hombres dignos y hasta grandes hombres, pero de criaturas sometidas por el terror, ó tímidos y débiles, no saldrán nunca sino obscuras mediocridades.

No se debe reprender á cada paso á los niños por faltas involuntarias ó perdonables, porque los padres ó los maestros que los censuran con demasiada frecuencia, disminuyen su autoridad y se hacen perder el respeto. No debeis, dice Fenelón, reprender al niño en su primer movimiento ni en el vuestro, y es muy cierto que debe hacérseles las observaciones sin enojo. Spencer recomienda que después de censurar una acción no se debe tratar al niño con frialdad por demasiado tiempo, porque así se acostumbra á vivir sin la afección del padre ó del maestro y la influencia de éstos se pierde.

Si fuera posible educar por la persuación se habría obtenido un gran triunfo, y esos triunfos obscuros, inadvertidos, que se alcanzan dentro de los ámbitos del hogar ó de la escuela, son de los más grandes, porque son los que más favorecen á la humanidad.—«Dichoso aquel, dice Chateaubriand, que levanta en silencio el edificio de sus buenas obras como en el templo de Salomón, donde no se oía ni el golpe del hacha ni el ruído del martillo» Los padres y los maestros deben ser los obreros infatigables del porvenir. Debemos trabajar con cariño; es preciso ver el encanto que surge de esas asociaciones de niños que viven en harmonía perfecta con sus maestros, que viven gloriosos — por decirlo asíj— en el seno de la gran familia. Felicidad verdadera no existe fuera de aquella que se respira en una atmósfera de virtud, donde hay chicos y grandes, donde hay arrullos de bienestar, donde hay consejos sabios que se escuchan y que se siguen. Los atractivos, las dichas que fuera del hogar ofrece el mundo desaparecen y se suceden como los mil

paisajes que se suceden y desaparecen, fantásticamente, á nuestra vista encantada cuando marchamos en viaje ferroviario por regiones siempre nuevas para nosotros.

Afiancemos nuestra felicidad, que no consiste en satisfacer todos los caprichos de la fantasía como muchos suponen. La felicidad radica en la familia, radica en todos los lazos puros que nos enaltecen, radica en el profundo respeto del hombre por la mujer, y vice versa. Los pueblos más adelantados y más fuertes son aquellos en los cuales más se respeta á la mujer. Es de la escuela, de la familia, de todas partes de donde debe salir esta enseñanza.

Sobre todo en países como este, donde por tradición es heróica la mujer, donde la mujer trabaja á la par del hombre—cuando no le aventaja—hablo de la mujer y del hombre de las clases populares—Sobre todo en un país como este, donde á causa de la guerra—fiera de fauces aterradoras, que había devorado á casi todos los hombres—era natural que cada niño que naciera atrajese todo el mimo de la madre, toda la atención de la familia sobreviviente; —preferencia que no sería extraño que se conservase hacia el varón, lo que á la larga tendría que hacer decaer la consideración por la mujer; y no se puede dejar olvidar al hombre que la mujer ha sido la que ha hecho resurgir la nacionalidad, por decirlo así, levantando al caído, amamantando al pequeño y trabajando para todos; lo que debe ser un lauro para este país y una gloria para sus hijos!

Yo no sé, señores, si ya os habrá fatigado mi humilde palabra. Yo he querido deciros que no confieis á manos inexpertas á vuestros hijos, y que vosotros mismos os detengais un momento más á pensar en la manera de educarlos mejor; por eso os he hablado de los sentimientos que en ellos debeis despertar, de los hábitos, del ejemplo, de la manera de corregirlos y del respeto que debeis inspirarles por esa mitad del género humano dispuesta siempre al sacrificio—por la mujer; porque todas esas enseñanzas influyen en la educación del carácter, y el hombre tiene que tenerlo para valer algo relativamente á la esfera social en que viva. Estoy convencida de que sus educadores son los responsables de su porvenir.

No pretendamos que el niño confiado á nuestros desvelos sea un genio, porque los genios son los privilegiados que surgen por sí solos y porque nuestras energías deben abarcar á todos; pero debemos proponernos formar hombres y mujeres conscientes, morales, que sean elementos de progreso para la sociedad en que vivan, dignificándola siempre. Todos podemos hacer algo por modestos, por obscuros que seamos, y la reunión de muchas fuerzas débiles podrá formar un todo fuerte, y es así la manera de robustecer á las naciones esquilmadas por sus hijos malos en las guerras civiles, ó destruídos por las calamidades de guerras nacionales.

Si la América del Norte ha dado al mundo ejemplo de verdadera democracia, de las instituciones más libres que se conocen, es porque sus destinos han sido regidos por hombres de costumbres sanas. Cuando se pobló la Nueva Inglaterra no fué por aventureros ó ambiciosos, sino por sectarios de una religión verdaderamente moral, por los intransigentes puritanos. De ahí toda su grandeza, de ahí toda su libertad. Hagámonos intransigentes con nosotras mismas y estas hermosas tierras americanas tan favorecidas por la naturaleza física, engrandezcámolas con la perspectiva del perfeccionamiento moral de sus hijos.

A. CASTELL

---

CSSF
56875

# ADMINISTRACIÓN

DE LA

# REVISTA DEL INSTITUTO PARAGUAYO

CALLE FLORIDA ESQUINA ALBERDI

Rev 20.—
nº 137-8

## NOTAS

La REVISTA aparecerá del 1.º al 5 de cada mes. El número constará de 112 páginas, y cuatro de ellos constituirán tomo con su índice correspondiente.

—La série de documentos antiguos que con el número XVIII se comenzó á publicar, tienen su foliatura aparte, de manera que puedan ser encuadernados separadamente por quienes lo deseen.

—En la REVISTA se darán resúmenes de los libros nuevos que se remiten en doble ejemplar á la Biblioteca del Instituto Paraguayo, así como de las publicaciones que se reciben en canje.

—Están en venta colecciones de la REVISTA desde el 2º número adelante, habiéndose agotado el número 1º, el cual se reimprimirá cuando se haya recibido suficiente número de pedidos de que se tomará debida nota. La colección completa de 16 números (sin el 1er número) cuesta:

| | | |
|---|---|---|
| *En la República* . . . . . | pesos | 45.— m[n. |
| *En la República Argentina* . . . . . | » | 20.— m[a. |
| *En otros países* . . . . . | francos | 60.— oro. |

## CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| *En la República* . . . | el número suelto | *(pagadero á su entrega)* | pesos | 3.— m[n. |
| | 1 trimestre | *(pagadero adelantado)* | » | 8.50 » |
| | 1 semestre | » | » | 16. » |
| | 1 año | » | » | 30. » |
| *En la Rep. Argentina* . | 1 número suelto | » | » | 1.50 m[a. |
| | 1 semestre | » | » | 7. » |
| | 1 año | » | » | 15. » |
| *En otros países de América y Europa.* . . . | 1 número suelto | » | francos | 3.— oro. |
| | 1 semestre | » | » | 18. » |
| | 1 año | » | » | 36. » |

—El producido neto de la venta de la REVISTA es destinado al fomento de la biblioteca del Instituto Paraguayo.

—Para pedidos de números sueltos y subscripciones, dirigir cartas certificadas con el importe en giros á la vista ó billetes de banco argentinos de curso legal á la Dirección de la REVISTA DEL INSTITUTO PARAGUAYO.

Para evitar extravíos postales y reclamos, los envíos de la REVISTA serán certificados con aviso de retorno.

Serán nombrados agentes en las principales ciudades de América y Europa, cuyos nombres se darán oportunamente.

## NOTA

La Dirección de la REVISTA DEL INSTITUTO PARAGUAYO aceptará gustosa todos los escritos, aunque tengan algún carácter polémico, sobre cuestiones históricas, científicas ó literarias que se le envíen, siempre que sus autores se mantengan en los términos de respeto á que tienen derecho todas las opiniones emitidas en buena fé, y que, por la importancia de los argumentos tratados y la forma literaria, merezcan el honor de figurar en nuestra colección.

De todos modos, en ningún caso la Dirección se hará responsable de las opiniones enunciadas por los varios autores cuyo nombre figurará al pié de sus escritos, quedando de ellos toda la responsabilidad.

*L. D.*

Asunción.—«Talleres Nacionales de H. Kraus», Calle Villa Rica esq. 15 de Agosto